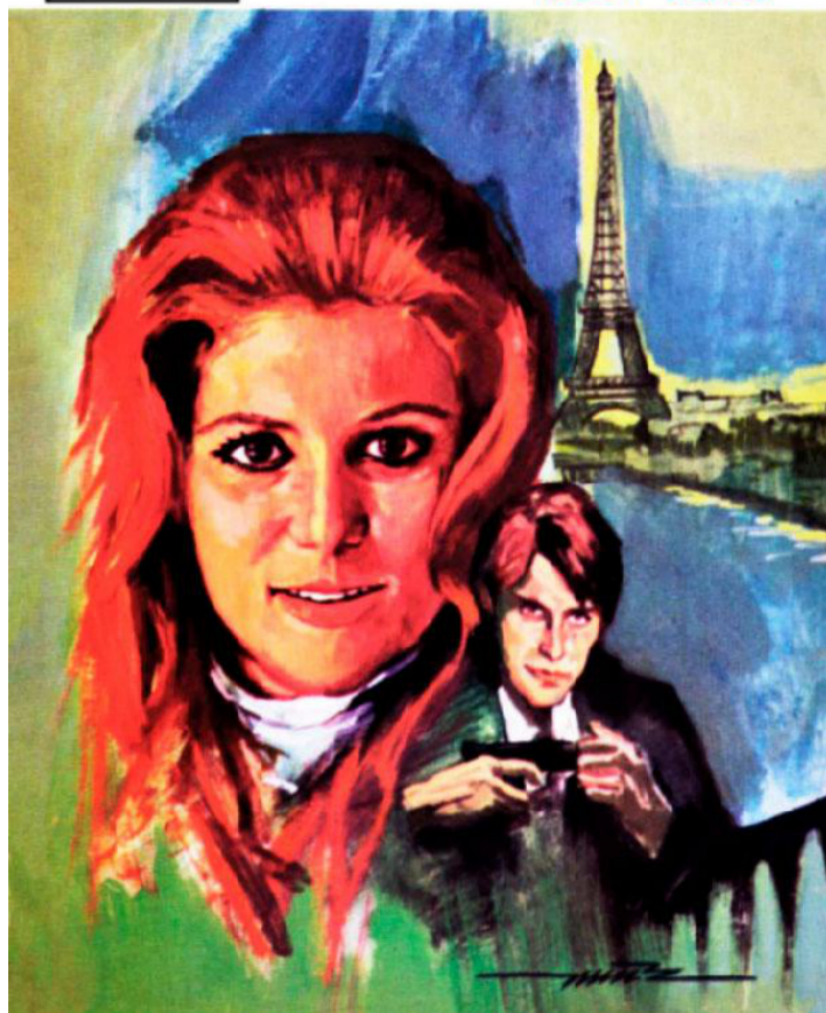


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

ejecución a domicilio

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

EJECUCION A DOMICILIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 418
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 7.738 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1970

© PETER DEBRY, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.028. — Intruso en las tinieblas.

En Colección BUFALO:

851. — El pistolero de la mano muerta.

En Colección CALIFORNIA:

623. — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colb».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

415. — La cabeza de Salomé.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — «Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:

413. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

609. — Una cerca y varias tumbas

CAPÍTULO PRIMERO

Desde el ventanal de la buhardilla, el paisaje era una maravilla. Siempre el mismo, y siempre cambiante. Todo un gran espacio de jardines floridos.

Daba la impresión, al primer vistazo, de haber regresado a la plácida Naturaleza. Al bajar la vista, techos de pizarra negra y leprosa. Y la pintoresca aunque estrecha calle de Saint-Jacques.

Pero siempre, al despertarme, fuera la hora que fuese, y mientras me despejaba las telarañas cerebrales, aquella visión panorámica de los jardines del Luxemburgo me reconfortaba.

Aquella mañana me despertó el timbre especial conectado con el bar y restaurante del inefable matrimonio Lafleur.

Tengo un trato particular con ellos. Cada llamada telefónica que me hacen, ellos toman el encargo o toman el número. Si el recado es urgente, el timbre zumbador bufa varias veces seguidas.

Si la cosa es de poco interés, zumba varias veces también, pero a largos intervalos. Acababa de sonar repetidamente, por lo menos una inedia docena de veces.

Embutido en el pijama verde de franela que me regaló Flora el día que vendió un lienzo menos abstracto que de costumbre, me aproximé al ventanal.

Una mañana espléndida. El sol algo pálido, pero color oro viejo, presagiaba suerte. Soy supersticioso. Creo en los colores, los números, los presentimientos y la fatalidad.

Revestí por encima del pijama mi pantalón de pana, un jersey de cuello vuelto, el chaquetón, y calé mis botas que parecen de piel, aunque sean eso que llaman *skay*.

Cómodas, forradas en piel y con cremallera. Se camina en ellas como en zapatillas.

En el bar de Lafleur no había nadie, salvo la dueña, que asomó la cabeza para decirme:

—Buenos días, Arnal. En el cuaderno está anotado el número. Quieren que llame usted urgentemente.

—¿Sabe quién es, señora?

—No dio nombre. Era una mujer.

Pasé a consultar el cuaderno. En la hoja correspondiente a mi nombre, y bajo la serie de llamadas con tachadura, para la contabilidad mensual, había un número recién inscrito: BOI-36 322.

La sigla correspondía a un barrio distinguido. El Bois de Boulogne. No conocía allí a ninguna Eva.

Marqué, y tras varios tintineos, una voz femenina dijo ceremoniosamente:

—Residencia Marvelec. Buenos días. ¿Dígame...?

—Hace poco llamaron para que telefonease yo, apenas pudiera.

—¿De parte de quién, por favor?

—Arnal Damian.

—Al instante, señor Damian, al instante. No se retire, tenga la bondad.

La voz femenina, antes lacayuna, de pronto se había hecho melosa, casi insinuante. Otra voz femenina me acarició el tímpano.

Bien timbrada, grave, y de condescendencia cortés:

—¿Cómo está usted, señor Damian?

—Estupendo, gracias. ¿Y usted?

Rutinas convencionales porque no tenía yo la menor idea de quién podía ser la dueña de la voz honda y aterciopelada.

—Soy Charmion Marvelec. No he tenido aún el gusto de conocerle, pero supongo que, de oídas, conoce ya a mi hermano Clement Marvelec.

Me suena mucho el apellido. No me gusta ofender a nadie innecesariamente y como por lo visto los Marvelec deben ser muy conocidos en París, prefiero contestar diplomáticamente:

—¿Cómo no? ¿Y en qué puedo serle útil, señora Marvelec?

—Señorita —ríe la voz.

Una risa que produce cosquillas en los instintos.

—Aunque así de pronto pueda parecerle extraño, mi hermano desearía que esta noche tuviera usted la amabilidad de venir a cenar. Es un ferviente lector de sus novelas, y estaría entusiasmado si pudiese charlar con usted.

El halago siempre agrada.

—Es mucho honor para mí, señorita Marvelec. Acepto encantado venir a cenar. Una cena que me ahorro.

—¿Contamos con usted para las ocho y media, señor Damian?

—En punto. Gracias. Transmita mis saludos a su hermano.

—Hasta las ocho y media, entonces. Buenos días. Cuelgo, pensativo.

No me he dado cuenta de que en el mostrador está ya Lafleur. Un buen hombre. Un chismoso por afición.

También está mi tormento. Flora.

Llevamos reñidos siete días. No nos dirigimos ni la palabra.

Esta muchacha me tiene loco. Cuando la conocí era totalmente normal. Estudiaba Filosofía en la Sorbona, vestía a la moda, sin exagerar, y de pronto ¡zas!, se declara pintora.

No tengo nada en contra de la pintura. Me encanta.

Pero me estropeó el idilio con Flora. Resulta que por diversión compró lienzo, pinceles y tubos de óleo. No me dijo nada. En su estudio de huérfana soltera, empastó el lienzo.

Lo llevó a un marchante que no solamente no la echó a la calle, sino que, tras pagarle generosamente doscientos francos, le encargó tres cuadros más sobre el mismo tema.

Vi el primer cuadro. Chafarinones de todos colores, rayas locas, y Flora a mi lado, preguntándome, ansiosa:

—¿Qué título crees que le puse? Allí empezó el jaleo.

Me defendí, alegando:

—Verás, Flo. Yo de pintura abstracta no entiendo ni papa. ¿Qué es eso? Me miró con un principio de indignación.

—A veces pareces cegato. Está bien claro. «Atardecer en la Selva Negra».

—Toma del frasco. ¿Y cuándo estuviste tú en la Selva Negra?

—Ignorante... Yo no soy una fotógrafa, sino una pintora, una artista. Es la imaginación la que trabaja cuando acude la inspiración.

Aquel primer roce se liquidó sin daños. Pero luego vino lo atroz. A mí me da igual que la gente vista como mejor le apetezca.

Pero si la novia de uno aparece de pronto con un tejano sucio, sandalias costrosas, un jersey de diversos colores y por añadidura en el tejano color crema se ha pintado un corazón y el lema: *Carpe*

diem, la cosa pasa de castaño oscuro.

Primero pregunté si iba a un baile de carnaval. No obtuve sino un encogimiento de hombros desdeñoso.

Luego olfateé, intrigado, y declaré con un principio de irritación:

—Hueles a vino, Flo. Y son las once de la mañana.

—El tinto me encanta. En el tinto encuentro inspiración. En la embriaguez está la verdad.

—Escucha, si es broma, no me gusta.

—¿Broma? He decidido ser otra. Como dice el lema que tanto estás mirando... *carpe diem*... hay que vivir intensamente, vivir el minuto que huye...

—Mira, a mi bobadas, no. Te vas pitando a tu piso, te lavas, tomas café, te vistes de mujer, y regresa. Aquí te espero.

—¡Puedes esperarme sentado, burgués!

Eso de burgués, aplicado a mi persona, era un absurdo, puesto que ni poseo bienes ni pretendo ser moralizador. Pero, vamos, todo tiene un límite.

—¿Burgués, yo? No, si a lo mejor ahora me sales anarquista...

—¡Lo soy, y a mucha honra!

No sé ya lo que dije. La cuestión es que, desde entonces, cuando me ve, finge no verme. Y a orgullo no me gana nadie.

Al terminar de telefonar, y apenas hube colgado, me di una palmada en la frente. Acababa de identificar el apellido Marvelec. Y comprendo por qué Lafleur parece impresionado.

O sea que estoy invitado a cenar nada menos que en casa del gran magnate de los monumentales Almacenes Marvelec parisienses.

En el mostrador me encuentro con un café bien medido.

El dueño, Lafleur, tiene la franqueza de sus indiscreciones. Pregunta:

—¿Le han invitado a cenar en casa del patrón de los grandes almacenes Marvelec-Splenlux?

—Exacto. Si lo llego a saber, para evitarle forzar el tímpano, le hubiese pasado el teléfono supletorio.

—No hace falta. Con el tiempo, uno lo oye todo desde lejos. La práctica. Basta ver los labios moverse. Demontres... Nada menos que Splenlux Flora ha preferido abandonar el local. Si espera que corra tras ella, va lista... Aunque me temo que si resiste ella un par

de semanas más, acabaré por sucumbir.

Ha entrado, en cambio, hace ya un rato, Prosper, el borracho del barrio. Su manía es la política. Dice varias palabras que no oigo, y Lafleur pasa el trapo con aire aburrido por el zinc del mostrador.

—¿Qué decías sobre eso del C.E.M.A., Prosper?

—Te exponía mi crítica justa y objetiva sobre el Consejo Europeo del Mercado Atlántico. Préstame atención y saldrás beneficiado.

Prosper no es ningún tecnócrata de la Economía Política.

Es el traperero oficial del Ayuntamiento, pero se toma más tiempo en arreglar Europa que en recoger los trastos sobrantes que la vecindad deja en sus puertas.

Prosper «lampa» un largo trago de tinto, y echa una mirada de tribuno sobre su auditorio. El dueño del bar y yo.

—La salvación de Europa está en la organización económica de los pueblos, dijo en Le Havre el viejo general y, entonces, ¿qué dije yo, eh? ¿Qué dije aquí mismo, eh, Lafleur?

—No me acuerdo ya —contesta Lafleur, comerciante ante todo y por reflejo. Luego, con toda franqueza, añade:

—Al cabo del día dices tantas estupideces, que me entran por un oído y me salen recto por el otro.

—Bien. Voy a repetir lo que dije entonces —afirma Prosper, que no tiene ni pelo de susceptible.

Mi café se ha enfriado.

La alocución del traperero se hace ya tan pastosa que no entiendo ni palabra de lo que divaga.

Además, me estoy sometiendo a un mudo interrogatorio. ¿Por qué demonios este muchimillonario que no conozco ni de labios ni de oídos, como diría Prosper, me hace telefonear para invitarme a su casa a cenar? ¿Por amor a las artes?

Es posible, pero sólo a medias.

Yo no soy un académico, sino un novelista
«pim-pam».

Es decir, de los policíacos, de tiros y castañazo.

En los regios salones de la residencia Marvelec, indiscutiblemente solo deben recibir escritores de los que dan quebraderos de cabeza con títulos como por ejemplo *La deliscuescencia esóterica*.

Entonces, ¿por qué he sido invitado yo precisamente?

Soy famoso, pero entre la gente sencilla y natural, que compran novelas para entretenerse, no para que los visitantes los vean en sus estanterías.

Pensativo, subo a mi leonera.

Minutos después, hago inventario de mi guardarropía. Para quedar bien, solamente veo el traje gris oscuro. Después que la planchadora le haya dedicado algún rato.

Con mi traje bajo el sobaco, me llego hasta el *pressing* vecino. Una muchacha, deliciosa con su minivestido rosa, desencadena nubes de vapor, aplastando una contra la otra las planchas de la prensa.

Me conoce. Le gustó mucho mi último éxito popular: *Hay cariños que matan*.

Deposito sobre el mostrador la americana y el pantalón.

Expongo la finalidad de mi visita con la entonación calmosa y comedida que conviene a un autor famoso en su barrio.

—A las seis sin falta, señor Damian. Prometido —sonríe ella.

Al salir, me palpo la nuca. Hay un exceso de pelambre. Voy al barbero de mi calle. Siempre hay gente, pero no toda es clientela. Vienen a leer revistas ilustradas o a escuchar al barbero, que tiene fama de hombre muy al corriente de muchas materias.

Precisamente en aquellos instantes, el fígaro, mientras maniobra con su navaja, parece enojado con el cliente que ocupa su sillón.

—... Lo que pasa es que somos unos pazguatos, y todo lo extranjero nos parece siempre mejor. Si un inventor se llama Dupont o Legrand, ni caso. Solamente lo de fuera es admirado. En Francia somos así. Solamente se aprecia a los extranjeros.

El silencio planea entre la concurrencia, confundida por aquella enorme trola. Ya que en Francia precisamente se siente un amable desprecio hacia lo que no es puramente indígena.

El peluquero suspira, y le pregunta al paciente sumergido entre los blancos lienzos:

—¿Una toalla caliente?

El cliente, apuntado por la diatriba anterior, no se atreve a negarse. Debe sentirse molesto, y debe considerar su situación ya bastante delicada para agravarla tontamente, rechazando una toalla ardiente.

—Ya pasó lo mismo con la cuestión de los rayos X —reanuda el barbero, verdadera enciclopedia viviente—. ¿Se habló de su inventor, eh? Claro que no. ¿Y por qué? Sencillamente porque había nacido en Francia, y su apellido era galo.

El cliente se yergue en su sillón.

Su cara roja emerge de la toalla, sin duda exageradamente calentada como represalia. Reconozco al cliente. Es un maestro de escuela. No quiere tragar una bola tan disparatada, con respecto a un problema de ciencia pura.

Declara muy gravemente:

—Lo lamento, pero Roentgen era un alem...

Gime, dolorido, con el rostro súbita y brutalmente empaquetado con el lienzo quemante.

Por el espejo, el peluquero nos guiña un ojo. Está satisfecho por haber reducido al silencio a aquel aguafiestas nacional.

Los argumentos y quejas del maestro de escuela se pierden entre gorgoteos sofocados.

Yo sigo pensando en Marvellec.

Paso a mi vez al sillón, después que el maestro se marchó afirmando que si alguna vez vuelve será porque estará completamente chocho.

El peluquero me ataca la cabellera, y manifiesta su opinión de que hay gente muy malhumorada. Yo le digo que sí a todo. No me interesan las discusiones inútiles.

Me habla de fútbol, de cine, de alta política y por último, se interna en el terreno de la crítica literaria:

—Oiga, en su última novela hay un truco que no acabó de llenarme. Cuando la chica descubre que su padre es el asesino...

Le doy la razón, y me cuenta la novela tal como él la habría escrito. Si tuviera tiempo de escribir, claro.

Le escucho vagamente. A lo mejor algo de lo que cuenta me servirá.

Pero lo que realmente me atosiga es poder acertar con una razón lógica que me explique el motivo que impulsó a todo un Clement Marvellec, una de las primeras fortunas de Francia, a invitarme a cenar.

CAPÍTULO II

Me dirijo a pie a casa Marvelec. Avenida Wagram, avenida Kleber, y al extremo la avenida del Bosque. Luego, la Suffren.

He caminado mucho en mi vida de novelista. Llevando mi paquete de folios a editores. El primer paquete tardé meses en poder colocarlo.

El motivo de la negativa era siempre cortés. O bien la novela era demasiado selecta para la clientela habitual. O bien el exceso de originales impedía aceptarla.

Hasta que tropecé con una editora audaz, taimada, simpática y enérgica. Era un prodigio de equilibrio entre dos extremos.

Solange Roche-Duprez. Arriesgó un dinero, supo hacer una propaganda escandalosa, y empecé a tener asegurado el condumio. Ahora ya conocen a Arnal Damian.

Gracias a la televisión y a la publicidad. Porque la viuda Solange no repara en gastos, cuando han de producirle un cien por cinco.

Primero se empeñó en quitarle la «i» final a mi apellido. Según ella Damiani, resultaba demasiado nativo corso.

—Es que soy corso —objeté.

Pero ella afirmó que, salvo Napoleón, los demás corsos tienen mala fama. Y por añadidura, los lectores podrían creerme italiano.

—¿Ser italiano es grave? —quise saber.

—No, pero no es comercial, salvo para escribir novelas eróticas.

Luego, la señora Roche-Duprez, que casi tiene más imaginación que yo, lanzó una propaganda estremecedora, haciéndome el héroe de mis narraciones.

Al parecer, en Nueva Caledonia, unos salvajes Numbass, tribu en realidad exterminada por el pernod y el ajeno, hace ya más de treinta años, intentaron devorarme, los pobres.

Unos cazadores lograron sacarme de la olla donde los caníbales me estofaban con boniatos y papayos.

Según la misma propaganda, fui guardaespaldas de un prohombre soviético y adjunto en el C.I.A.

Allá por el año 1943 sembré el pánico entre los nazis. Una hazaña tanto más meritoria cuanto que por entonces yo tenía siete años escasos, según mis verdaderos cálculos.

Un buen fotógrafo amañó los clisés que publicaban sobre mi personalidad ficticia en la Prensa, representándome en varias situaciones peligrosas, de las cuales siempre salía yo triunfante.

—¿No cree que es un poco exagerado, patrona? —objetaba yo.

—¿Y el avión, cuando lo inventó Julio Verne, no parecía exagerado? La gente no quería creerlo. Desengáñese, mi buen Arnal. Un escritor de policíacas ha de ser forzosamente un individuo que vive peligrosamente.

—Con lo que usted me paga, vivo ya bastante peligrosamente.

Mi patrona es sorda cuando le conviene. Prosiguió por entonces, tan campante:

—Además, su físico ayuda. Tiene usted cara de *gángster*, Arnal. No es culpa suya, pero así es. Y hay que aprovechar este detalle fisonómico.

Un escritor de los serios ha dicho que nadie es responsable de su físico antes de los cuarenta años. Esto es cierto, en mi caso. Cumplí el mes pasado los treinta y tres.

Soy flaco, rubio, despistado y con cara que algunos dicen dura y otros angulosa.

Hablo tres idiomas, vestigios de una cultura adquirida en calidad de diversos oficios hoteleros, desde que a los catorce años empecé como botones.

Llegué a recepcionista. Y esta etapa fue la que contribuyó a que los grandes triunfadores sociales no me impresionen.

Clement Marvelec me intriga. Sonriente, me espetaba Solange:

—Le ayuda mucho, mi querido Arnal, su aspecto de aventurero amablemente escéptico, su aspecto de hombre duro, desengañado de todo. ¿Qué profesión tiene su padre?

—Murió con mi madre en un bombardeo, durante la guerra.

—Bien, pero antes de morir tenía una profesión, ¿no?

—Era subjefe de estación en Saint Quentin.

—Ni hablar. Era comandante de la Legión. Quedará mejor.

A mí todo me parecía bien. En el fondo, hasta me gustaba tanto

bombo, después de mi aperreada vida de huérfano y las fatigas que pasé para comer caliente.

Dejaba hacer dando, a ratos, mi opinión.

—Quizá fuese mejor que ingresara en la Legión española. El Tercio. Por si aquí les diera por investigar. ¿No le parece, señora?

—¿En una bandera? Magnífico. Muy romántico.

Con imaginación y un buen servicio de Prensa, se convence al mundo entero. Si en mi barrio alguien pretendiese que soy un impostor, las pasaría canutas.

Como todavía faltan veinte minutos para la cita de comilona nocturna, y estoy ya casi junto a la morada de los Marvelec, aprovecho una cabina callejera para telefonar.

Solange Roche-Duprez es una trabajadora infatigable. Entra en su despacho a las ocho de la mañana, y salvo ausentarse de doce a tres, rara vez da por terminada su jornada laboral antes de las nueve de la noche.

Contesta ella misma a mi llamada.

—Arnal Damian al aparato, jefa. Muy buenas noches. Es siempre un renovado placer hablarle a usted y...

—¡Imposible! —Me ataja.

—¿Qué es imposible, que sea un placer hablarle?

—Lo imposible es que pueda darle más anticipos, mi estimado muchacho. Ya hago muchos sacrificios por usted... La televisión, las fotos en las revistas... No se puede figurar la de gastos que tengo que afrontar. Además, mi buen Arnal, la edición atraviesa en estos tiempos una grave crisis. Muy grave, y si continúa así...

—Me echo a llorar a moco pelado. Aunque hace cinco años que me coloca el mismo disco, patrona. Lo que pasa es que yo la quiero mucho. No la telefono para hablarle del vil dinero, tan sabrosón. No sé cómo he logrado ahorrar un par de miles.

Un suspiro de alivio arranca como una brisa de la amplia caja torácica de mi editora, que silabea, muy afectuosa:

—Ah, bien, bien. ¿Qué hay de nuevo, muchacho?

Tiene cincuenta años, pero es muy coqueta. Siempre exagera su supuesta ancianidad.

—Hace ya dos semanas que prometió traerme *Sudarios en Sudán*. ¿La terminó ya?

—Falta poco.

—¿A qué debo el placer de oírle, Arnal?

—Es referente a una cena íntima.

Por segunda vez, mi patrona se confunde. También es verdad que estoy algo ambiguo en mis explicaciones.

—Realmente no puedo, Arnal. He de velar por mi buena fama. Y de verdad que lo siento, porque usted a primera vista resulta antipático, pero tratado es cariñoso y divertido.

—Eso me dicen desde mi tierna infancia. Bueno, resulta que estoy invitado a cenar. ¿Y sabe por quién? Por Clement Marvelec.

En mi tímpano resuena la incoherente exclamación que lanza la viuda Solange. Que de inmediato pasa al ataque:

—¡Tiene que ir sin falta, mi buen amigo! En su cadena de establecimientos, Marvelec nos hace vender más de cinco mil volúmenes suyos. Mire, si es preciso...

Titubea. Bajo el repentino entusiasmo, la señora Solange se ha dejado llevar por un impulso del corazón.

Se interrumpe para que el cerebro vuelva a imponerse.

Pero la cazo al vuelo, interesado en hacerla concretar:

—Si es preciso, ¿qué, jefa?

—Bueno, si es preciso, pagaré las flores para la hermana de Marvelec. Me presenta la cuenta. No exagere. Unas flores refinadas, sin abundancia. Espero que tenga un traje limpio y presentable, Arnal.

No voy a revelarle que si me presento bastante pringoso en la editorial Roche-Duprez es para suscitar su compasión, en busca de anticipos. Esfuerzo inútil, de todos modos.

—Claro que tengo un traje limpio. El de mi primera comunión.

—No sea majadero, muchacho. Bien, ya me informará. Y sobre todo, no haga el idiota ni el gracioso, según su costumbre. Marvelec es una de las cinco mayores fortunas de Francia. Es una suerte para usted esta invitación. Y pórtese bien en la cena. No se emborrache como un cosaco. Sea buen chico. Se lo ruego.

—Sus ruegos son órdenes para mí, señora. Beso su mano. Abur. Salgo de la cabina.

Hago alto ante una verja de hierro forjado de cuatro metros de alto. Una vegetación frondosa, bien cuidada, rodeando un palacete de piedra de talla.

Es la mansión del celeberrimo Marvelec.

Ahora saldré de dudas. Veremos lo que me reserva el destino. Si
llego a saberlo antes de entrar, no entro.

CAPÍTULO III

Pulso el timbre de la entrada principal. Repican unos tacones por la alameda de losas.

La doncella que se presenta tiene una nariz respingona, un aire descarado, un blanco delantalito, y unas largas piernas enfundadas en color gris misterio.

Me presento:

—Arnal Damian.

Me contempla, pasmada. Debe adquirir mis novelas con rebaja en los almacenes de su patrón.

Traga saliva, sus ojos se inundan de languidez y su perímetro torácico palpita. Ronronea y arrulla:

—Bien venido, señor. Sígame, señor Damian.

Trato de encontrar una réplica original, picaresca. Porque, por añadidura a su accidentada existencia, su personaje de autor tiene fama de humorista cínico.

Pero no encuentro nada original. Susurrarle: «La sigo hasta el mismo infierno, muñeca», además de imbécil, es trillado.

Tras la criadita, que tiene un tren posterior de campeonato, atravieso un jardincillo orlado de cactus raros.

En la explanada avisto dos cochazos y un cochecillo utilitario. En fila india ante un garaje tan vasto como un andén central de estación término.

—Por aquí, señor Damian. Ha llegado usted un poco adelantado.

Me precede hacia el fondo de un corredor, y atravesamos un secadero de lavandería. Tengo un respingo indomable al iniciar el descenso de las escaleras que llevan al *office* y a la cocina.

¿Tendrá Marvelec la insolencia de hacerme cenar con las fámulas y domésticos?

No. No es eso. La criadita saca de una alacena una de mis novelas. *Mi adorada muerta*.

—He pensado que no le molestaría si le pido que me dedique esta novela —susurra.

En la mesa de la cocina, se acoda un individuo.

Lleva el uniforme gris de chófer de gran casa. Y sobre los hombros macizos, una cabeza de luchador sin entrañas.

Mientras garabateo una dedicatoria en la novela, el chófer se monda sin el menor disimulo, demostrando así su desdén por la literatura.

Emite un silbido, antes de manifestar:

—Oiga, si acaso el patrón le habla de Rusia..., el país donde usted sembró el terror hace un par de años, procure despistar. Porque él sí que estuvo de verdad en Rusia.

Más vale no contestar. A palabras necias, de campeón de lucha, oídos sordos, de tío prudente.

La doncellita acaricia mi dedicatoria con dedos delicados.

—Le ruego que me disculpe, señor Damian. No le diga al patrón...

—... que su chófer es un pollino. No hará falta. Ya debe saberlo, ¿no? El aludido me mira, burlón, a lo perdonavidas, al replicar:

—No todos podemos ser supersabios del camelo.

Como ya estoy subiendo las escaleras, me ahorro contestar.

En el salón donde aguardo, hay un montón de objetos valiosos. Mis pies se hunden por la espesa alfombra, mientras contemplo cada cuadro. Selectos. Nada abstracto.

Son las ocho y treinta y cinco. Me instalo en un diván donde desaparezco, como absorbido, pese a mis setenta kilos y metro ochenta.

Empiezo a pensar en Flora. Es cuestión de honrilla. He de resistir. Y si no acepta dejar de beber tintorro y vestirse a lo vaquero loco, me busco otra novia.

Estaría bueno que empezase a mandar ella, antes de estar casados. Las ocho y cuarenta.

Rascan en la puerta, que al final se abre.

Coloco la mirada en el lugar donde debe aparecer la cabeza. No hay cabeza.

Bajo los ojos.

Una silla de ruedas, casi un coche, avanza hacia mí, haciendo *slalom* entre mesitas, consolas, vitrinas y sillones. No es el

cochecillo lo que me sorprende, sino lo que hay dentro.

Un cuerpo deforme, retorcido, nudoso. Una manta escocesa recubre las piernas.

El rostro es horrendo. Tiene un solo ojo. Todo un lado del rostro está chamuscado, corcusido, en pliegues negruzcos.

La otra mitad del perfil es lívida, flácida. Un rostro de pesadilla. De película de horror. Mi respingo no se le ha escapado al hombre. Una arruga atiranta sus delgados labios.

Debe ser amargo inspirar repulsión, aun cuando se esté acostumbrado.

—Clement Marvelec.

Me tiende la diestra. Es curioso. Sus dedos son recios, casi atléticos.

—He leído algunas páginas de lo que escribe, Damian. Muy comercial. Sígame, ¿quiere?

Me levanto por segunda vez y, ¡hala!, el cochecillo gira y se desliza hacia la sala siguiente, conmigo detrás.

La mesa de trabajo de Marvelec debe tener por lo menos seis metros de largo por dos de ancho.

En su centro tiene un semiarco, y es en este hueco donde Marvelec se estaciona con su vehículo.

—Siéntese, por favor.

Con una regla larga, me empuja una caja abierta. Contiene varias marcas de cigarrillos. Cojo uno cualquiera.

Lo enciendo mientras sigo inspeccionando la sala, que más parece una celda que un despacho.

—Mi invitación ha debido sorprenderle. No me conteste aún, Damian. Sé que está asombrado.

El pobre está tan deteriorado que para coger el teléfono, que repica a su izquierda, tiene que hacer bascular su sillón ultraperfeccionado.

Detiene con una ojeada de acero puro mi gesto de ayuda. Con su mano válida, ya que la zurda le cuelga inerte, agarra uno de los aparatos, escucha, emite un gruñido y vuelve a ahorquillar.

Posa sobre mí la aguda mirada de su único ojo.

—Tengo la impresión de que no puede usted quejarse de mí, Damian. Gracias a mis tiendas, ha colocado usted en París un buen número de ejemplares de su última novela.

Echo una bocanada de humo para darme aspecto de serenidad. Me empieza a molestar el tono protector y desdeñoso del gran Marvelec.

—Sin que me crea ni la quinta parte de lo que publican sobre usted, me consta que, llegado el caso, sabe comportarse. Si bien nunca pisó el Tíbet, ni Caledonia, ni las islas del Caribe; en cambio, se portó usted decentemente en Argelia.

—¿Decentemente? Tuve que hacer el servicio militar, y me enviaron allá, donde nada se me había perdido.

Continúa asestándome su única pupila. Juraría que con un solo ojo penetra más que dos lince. Empiezo a acostumbrarme a su aspecto.

Su voz, algo estridente, sigue desagradándome:

—Podría contarle detalles sobre su propia vida que le asombrarían, Damian. Lo cual, por otra parte, sería un error, puesto que me hice informar sobre su persona antes de recibirle.

—¿Por qué?

—Porque si no me interesase su personalidad, no le habría invitado a venir.

—Ah, ya —replico por decir algo.

—Cuando se es la cuarta fortuna de Francia, se suscita toda clase de sentimientos, menos la indiferencia. Sobre todo, entre aquellos que tienen interés en trabajar contra mis negocios. Ahora bien, yo, Marvelec Clement, sólo tengo un amor en mi vida: Splenlux. ¿Me comprende?

—Lo procuro, por lo menos.

—Cuando un peligro cualquiera lo amenaza, Marvelec no recurre a la policía ni a un detective privado, porque esto se sabe rápidamente, y entonces se imaginan cosas. Cosas que pueden ser perjudiciales para mis negocios. En cambio, Marvelec puede invitar a cenar a un novelista y hacerle una proposición.

—No veo...

—Es evidente. Por ahora, solamente me ve a mí.

Me cuesta esbozar un ademán de protesta. La voz restalla de pronto como un latigazo:

—Odio la compasión. No la necesito. Lo que necesito es saber lo que ocurre en mi propia casa. Y esto solamente un amigo de la casa, un amigo listo, cerebral, sabiendo observar, podrá decírmelo. Un

instante.

Ha chirriado un timbre. Oigo voces. Hay gente en el gran salón.

Marvelec me hace una señal con la cabeza y, ¡hala!, arranca con su cochecillo. Se abre la puerta. Atravesamos un vestíbulo.

El salón está muy iluminado. Cuatro pares de ojos me examinan en silencio. El inválido detiene su *auto-scooter* ante aquella gente, formando un grupo compacto y hostil.

Los mide a todos con ojeada penetrante, dura, menospreciativa.

—Arnal Damian. Mi hermana Charmion.

No sé por qué evoco las presentaciones antes de un combate de boxeo.

La hermana de Marvelec me corta el aliento. Pocas veces he visto una odalisca tan esplendorosa.

—Claudia, mi hija.

Otro estilo. Apenas veinte años. Esbelta, tirando a flaquilla, menos hermosa que su tía, pero con unos ojazos magníficos. Irradia vitalidad. Estrecho una mano menuda, enérgica.

—Alain Grierson, mi colaborador.

Grierson tiene una distinción algodonosa. Unos cuarenta y cinco años. Nítido y atildado. Algo grasoso. Un poco falsete, suave de ademanes, mirada burlona, de *playboy* maduro. Huele a colonia cara.

—Encantado —me dice, condescendiente.

Maquinalmente, me vuelvo hacia el cuarto componente del grupo. El más simpático de la panda, a simple vista. Exactamente, el joven sano, recio. Frente estrecha, cabellos cortos en casco rizado, hombros sólidos.

Después de contemplar a Marvelec y a Grierson, al mirar a este muchacho se tiene la impresión de tragar un tazón de aire montañoso. Un mozo sano. Le tiendo espontáneamente la mano, antes que me lo presenten.

Me tritura las falangetas. ¿Por qué no me dicen cómo se llama? ¿Acaso es el pariente pobre de la familia? No. No tiene pinta de pobre rastrero, ni mucho menos.

Las dos mujeres y Grierson echan un rápido vistazo a Marvelec, que permanece impassible en su silla.

Hace un gesto y la criadita acude, empujando una mesilla rodante recubierta de frascos, cubiletes y platillos.

Plena de gracia, Claudia Marvelec va sirviendo a todo el mundo. A mí el primero. Sorbemos y paladeamos en profundo silencio. El ambiente es de los que pesan toneladas.

Miramos a Marvelec, que se ha hecho abrir una botella de agua mineral. La francachela promete ser divertida. Para ser mi primera cena en el gran mundo, aquel velatorio es todo un éxito.

Ardo en deseos de escabullirme. Nadie intenta colocar una palabra. Sin duda, esperan a que Marvelec, el amo, el gran jefe de la tribu, tome la iniciativa.

Charmion Marvelec, que ha visto mi vaso vacío, me interroga con la mirada. Replico:

—Sí. Me vendrá de perlas. Con un sollozo de ginebra... Gracias.

Si algún día he de organizar una merendola divertida, no recurriré a Marvelec como animador.

Alzo mi vaso con vermut teñido de ginebra:

—Salud y alegría. Ni caso.

Marvelec mira siempre ante él, bebiendo a sorbitos su agua.

De pronto, tengo la impresión, no sé por qué, de haber metido las piernas hasta el corvejón en una perfumada cloaca mundana. Nitidez por fuera, podredumbre por dentro.

—¿Podríamos, quizá, pasar al comedor? —sugiere Charmion, la majestuosa hermana del amo.

Marvelec impulsa su cochecillo en dirección al comedor.

Vidriosas arañas iluminan porcelanas, plata, cristalería. Me indican el sitio en qué me siento. ¿Y ahora qué pasará?

Todos ostentan rostros aburridos, al sentarse. Y es entonces cuando Marvelec me dice con su peculiar voz cortante:

—No recuerdo, mi apreciado Damian, si pensé en presentarle a Bruno Blasio...

Voy a decirle que no, aunque el mozo robusto ya me estrechó la mano. Pero el anfitrión no ha acabado. Añade:

—... que es, al parecer, un amigo de la familia.

Bruno Blasio, repentinamente pálido, esboza un saludo en lenta cabezada. La mano de Claudia tiembla.

El colaborador Alain Grierson tiene la mirada perdida en el infinito. La guapísima Charmion sonrío a sus íntimos pensamientos.

La atmósfera se hace irrespirable. Han logrado algo fenomenal, increíble. Quitarme el apetito.

CAPÍTULO IV

—No debe guardarme inquina por la pulla de antes, en la cocina. A mí, los novelistas, ¿sabe?, ni fu ni fa...

El chófer se expresa con entonaciones guturales, casi como un alemán hablando un francés parisiense. Agrega:

—Todos esos fulanos que vienen a cenar, y que aparecen en las fotos vestidos de lagarto, me tienen sin cuidado.

Conduce el «Mercedes» con mano ligera, como hombre habituado a la circulación. Estoy sentado a su lado. Por fuerza. Los dos tercios del asiento posterior han sido suprimidos.

Para dejar sitio al sillón rodante de Marvelec. Y una tabla, por ahora replegada, permite el acceso del cochecillo.

Pregunto, asombrado:

—¿Vestidos de lagarto?

—Sí. Esos tipos de la academia. Con el bicornio, la espadita y la levita llena de escamas verdes.

—Pero yo no soy de la academia, ni de lejos.

El chófer con pinta de luchador emite una risotada.

—Me lo figuro. Además, que el patrón ya me habló de usted.

—Ah, ya.

Intercambiamos una rápida ojeada. Luego, cada uno se pone a mirar enfrente. No acabo de imaginarme a Marvelec haciéndole confidencias a este gorila, al que llamó Steiner y al que ordenó que me acompañase a casa, después de la cena.

Vaya cena. Mortal. Lúgubre. Yo, sentado al lado de Charmion, la opulenta hermosura, frente a Marvelec, que tenía a su izquierda a su hija Claudia. A los dos extremos, Grierson y Bruno Blasio.

Se habló apenas. El ambiente, pese a la tibieza atmosférica, era glacial. Marvelec le echó a su hermana una ojeada imperiosa, y Charmion dijo que leía con gran placer mis novelas.

Grierson esbozó una sonrisa irónica y cortés. Yo preferí hacer el

canelo, masticando sin ganas los exquisitos guisos y frituras.

El único al cual mi visita parecía intrigar mucho era Bruno Blasio. Pero apenas despegó los labios.

Volví al momento presente, preguntándole a Steiner:

—¿Usted es alsaciano?

—Cabal. Allí nací y pasé mi niñez.

—Y su patrón, ¿qué le dijo de mí?

—Las mismas monsergas de siempre, desde que intentan asesinarlo.

La repentina declaración me produjo el mismo efecto que si me hubiesen hincado un alfiler mellado en una nalga.

—¿Y quién pretende asesinarle?

—Éste es el problema. No lo sabe.

—Y la policía, ¿para qué sirve?

Por lo visto, mi estilo pone muy cómodo a Steiner. Empieza a tutearme. Debe considerarme una especie de guardaespaldas supletorio de su amo y, por consiguiente, me integra en el personal de la casa Marvelec.

—Parece que no acabas de captar quién es exactamente Marvelec. Es un prepotente, toda una eminencia. Recibe a ministros. Es decir, no es un hombre como nosotros dos...

Con una leve pisada de acelerador, esquiva por pelos un coche que se nos venía encima, faros apagados. Esto me da una idea de la sangre de pez del alsaciano Steiner.

—Hace unas semanas el patrón recibió un par de llamadas anónimas. Físicamente, Marvelec es un acoquinado. Cosa lógica. Por una vez, no reflexionó y llamó al prefecto de policía. Colocaron dos policías de paisano ante su puerta. A la mañana siguiente, nueva llamada telefónica para decirle que aquella protección no servía para nada.

Medito. En efecto, el peligro puede proceder de un miembro de la familia. Al igual que los telefonazos.

—Al día siguiente, un periodiquillo manifestó que Splenlux se encontraba atravesando una situación financiera difícil y que Marvelec debía a su invalidez física no haber sido detenido por la policía, pero que, para evitar su fuga, su residencia era vigilada. De golpe, las acciones de Splenlux bajaron treinta puntos en dos días.

—Hay negocios que no soportan tales rumores.

—Marvelec, que es un tiburón, los aprovechó para comprar a la baja, después de influir en aumentar aún más el movimiento de pánico. Pero comprendió que un incidente de esta clase no podía repetirse.

—¿Por qué no recurre a una agencia de detectives?

—Pasaría lo mismo. Si el peligro viene de su familia, de sus conocidos, también se sabría. Los peces gordos son menos libres de lo que uno se figura. Sobre todo cuando emplean a diez mil personas.

Splenlux tiene sucursales por toda Francia.

—¿Y estas amenazas son reales, efectivas?

—Cabal.

De su bolsillo interior extrae Steiner un armatoste de largo cañón, coronado por un punto de mira telescópico que debe hacer eficiente aquel petardo a cincuenta metros.

Una verdadera herramienta de *gángster* moderno.

Pero que no demuestra impecablemente que alguien desee suprimir los pobres restos de Marvelec.

—Nunca salimos de casa sin la artillería de campaña. Pero salimos muy poco. Todos sus negocios los administra desde su despacho de la avenida Suffren.

—¿Y qué hay de sus competidores?

—Es posible que sea alguno de ellos, porque Marvelec nunca transigió con nadie. Desde que inició su negocio por todo lo grande, arruinó a un centenar de competidores. Lógicamente, esto no inspira simpatías. Los de poca monta se resignaron. Los más fuertes tuvieron conatos de reacción. Pero para poder vencer a Marvelec, hay que madurar mucho.

Se nota que Steiner está muy orgulloso de servir a un patrón de la calaña de Marvelec. Expone, satisfecho:

—Es todo un genio.

El reloj de a bordo del «Mercedes» marca las veintidós. El Sena se desliza bajo sus clásicos puentes.

Recuerdo una de mis novelas en que un grupo financiero hacía liquidar a competidores por matones profesionales. Tal vez Marvelec esté amenazado por un *trust*, cuyas condiciones se niegue a aceptar.

—Splenlux, ¿es él a solas?

—No del todo. Pero es su cerebro el que lo organiza todo. Sus gerentes no son más que empleados que dicen amén.

—¿Su invalidez no perjudica su labor?

—Al contrario. Gracias a su invalidez, triunfó. Parece ser que cuando niño se cayó en un barreño con agua hirviendo.

—¿Era de familia rica?

—Miseria pura. Un emigrado que llegó a Francia sin un céntimo. Hizo su fortuna gracias al teléfono.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Con dinero prestado, alquiló un local. Hizo venir a sus padres, para que se ocupasen del almacén. El no se asomaba. Hacía los pedidos. Estudió su voz. Por teléfono no pueden verle. Tiene voz de tipo fuerte, seguro de sí, que impone y da confianza. Gracias a lo cual, sin dinero, podía obtener género que no le habrían dado, de verle en persona. Se ocupaba de precios y vencimientos. Mientras, el padre vendía en el local. Marvelec se puso a estudiar finanzas, mercados, en fin todo el ramo. En dos años multiplicó por varios ceros a la derecha su cifra de negocios. Cinco años después, al morir su padre, ya tenía veinte vendedores.

—Y él, ¿sin salir de casa?

—Así fue. Y así es. Un esperpento como él está en desventaja, si se presenta. Es por esta misma razón que aún ahora, que ya podría, no se asoma por los locales Splenlux. Oye, ¿está todavía muy lejos tu palomar?

Le señalo la plaza de la Defensa, recto ante nosotros.

—Siempre recto, adelante. ¿Marvelec es apátrida?

—Sí. Del lado de la Arnemia.

—Será la Armenia.

—A mí la geografía, ¿sabes?, me importa un pepino. Nos aproximamos a mi domicilio. Propongo:

—¿Aceptas un trago, Steiner? Cabecea, afirmativo.

La verdad es que no tuve tiempo ni ganas de tomarme un digestivo tras aquella cena espantosa. Todo el mundo parecía deseoso de escapar. El primero en huir fue Bruno Blasio, al que Claudia no cesó de lanzar miradas ardientes de amor.

Marvelec no tendió la mano a Blasio. Charmion le despidió con exagerada indiferencia. Casi de inmediato, Grierson solicitó de su patrón permiso para retirarse, ya que debía trabajar en unas

liquidaciones, según concretó.

Minutos después, la muy hermosa Charmion se fue, pretextando jaqueca. Cuando estuvimos solos, Marvelec no me dio la menor explicación. Dijo:

—Nos volveremos a ver, Damian.

—Cuando usted quiera, Marvelec.

El «Mercedes» trepa como si nada una cuesta pronunciada. Mi calle. Un verdadero tobogán en el barrio para mí el más precioso de París. Es la antigua montaña Santa Genoveva, entre Saint-Michel y Saint-Germain.

Subir aquella pendiente con un coche de mediana potencia es una aventura escalofriante. Toma velocidad. Pero hacia atrás.

El «Mercedes» se detiene ante mi puerta.

—¿Y la esposa de Marvelec?

—Murió por el año 45.

Abro la puerta del inmueble y pulso el minuterio En mi despacho laboral extraigo de una gaveta media botella de vino de marca, mi blanquillo favorito.

Hay en Steiner una mezcla de tunantería y candidez que le otorga una condición inquietante, poco natural, de sicópata. Al sentarse, hace crujir la silla. Le escancio el vinillo dorado en una de mis copas de lujo: las flautas largas, de buen cristal.

—Y Alain Grierson, ¿qué pinta en la sociedad?

—Es el secretario del patrón. Le prestó servicios importantes a Marvelec durante la guerra.

Pestaño porque, a juzgar por su aspecto, Grierson debía de ser muy joven por entonces. No veo, pues, qué clase de servicios pudo prestar.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta y uno. No los parece, ¿verdad? Es un «coqueto». Masajes, cremas, régimen y demás.

A medida que Steiner apura su vaso, se lo relleno. He traído un segundo frasco. Es un método para hacer hablar. Si la policía no lo emplea es porque resultaría caro.

La verdad es que con Steiner el sistema me va a costar un riñón. Bebe con placidez. A la quinta copa dice jovialmente:

—Si quieres «encordarme», viejo, tendrás que vaciar tu bodega. Además, te aviso que cuando me emborracho no hablo y tengo mal

genio.

—No tengo intención de arruinarme. Hablábamos de Grierson. ¿Qué clase de servicios prestó, si es que puedes decírmelo?

—Puedo, porque mi patrón me ordenó que, hasta cierto límite, fuera hablador contigo.

Grierson fue nombrado administrador del Splenlux por el Comisariado de Asuntos Judíos en 1940, cuando Marvelec tuvo que esconderse, a la llegada de los alemanes. Al principio, Grierson no daba una, pero luego entendió el negocio, y Splenlux prosperó.

—Al terminar la güera. ¿Marvelec por qué no despidió a Grierson?

—No tenía motivos para hacerlo. Durante todo el tiempo que administró el negocio, Grierson fue correcto con Marvelec.

—¿Luego, no?

—Depende. Según se mire.

Steiner se levanta y saca del bolsillo un sobre lacrado. Lo deja sobre la mesa. Rasga el lacre. Contiene el sobre veinte billetes de cien francos. Nuevos, crujientes y fuertes.

—De parte del patrón por tus molestias. Hasta otra.

Tengo la impresión de que Steiner desempeña junto a Marvelec un papel que sobrepasa el de simple chófer.

Es muy posible que como bruto fiel, le inspire a Marvelec más confianza que un individuo tortuoso como debe serlo Grierson.

Me abanico con el fajito de los dos mil.

Los considero compensación por haber aguantado una cena mortalmente incómoda.

Me pongo a pensar en Flora. Es orgullosa, la muy cabra. Pero es tan bonita cuando se pone dulce...

Espero que se le pase pronto la ventolera de sentirse bohemia y pintora. Me hace mucha falta. Creo que será la compañera ideal. Nunca me aburriré con ella.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, al oír tropezones por los peldaños, comento para mí mismo:

«Ya estamos otra vez. El miope del segundo, que se ha dado un batacazo por la escalera con su cubo de basura».

Le pasa al buen hombre cuando los escalones han sido pulidos a la cera. Cosa que ocurre de uvas a peras y sin previo aviso.

Voy a abrir mi puerta, para ver si el vecino necesita ayuda. Pero no se trata de tropezones. Es un individuo que pisa con estruendo. Casi como si chutase.

Se aproxima por mi pasillo. Lleva un abrigo negro con terciopelo en el cuello. Su rostro más que rojo es casi violeta. Tiene venillas por toda la nariz.

Un tembleque le retuerce el lado derecho de la cara. Sus piernas tienen rigidez, y camina a lo monstruo Frankenstein. Levanta su mugriento sombrero unos centímetros, y lo vuelve a depositar sobre un cráneo que recuerda el de un avestruz.

—Me llamo Javert. ¿Puedo entrar?

—No veo inconveniente.

Al penetrar, aporta consigo olor a pies sucios. Le señalo al visitante una silla, la menos limpia, y voy a entreabrir la ventana. Sienta bien el aire de las nueve matutinas.

Javert levanta el cuello de su abrigo y afirma:

—Usted es el que escribe novelas de «guindillas» y cacos.

De su bolsillo extrae una novela mía. Durante unos segundos me olvido del nauseabundo para contemplar solamente al lector. Arruga la nariz, atraído por el aroma.

—¿Es
café-café?

—Caracolillo puro.

—Sin cumplidos. Le acepto una taza.

Este Javert no tiene nada del *gángster* próspero. Al contrario. Parece que la miseria se le ha pegado a la piel, congelándole la mirada acuosa. Pero no siente complejos.

—Cuando me haya explicado el motivo de su visita, calibraré si he de compartir mi café con usted.

Suspira con lasitud:

—Explicar, siempre hay que explicar...

—¿Vino a que le dedicase esta novela?

—Esto fue para poder instalarme en su laboratorio. Las policíacas no me interesan, y luego sabrá el motivo. Deme café y saldrá ganando.

Caben dos soluciones. Lo echo o lo aguanto. Lo tomo o lo dejo. Pero un fenómeno humano siempre es interesante, contemplado de cerca. Invito:

—Venga.

Nos instalamos en la cocina, y le escancio un tazón de café, que se traga a sorbos glotones.

—A lo mejor también quisiera unas gotas de coñac.

—Me vendrán bien para hacer resbalar el café.

Es un caradura, pero con naturalidad, a la manera sencilla. Añade:

—No le pediré nada más. Palabra. Mi reputación me obliga a no extrañarme. Le vierto coñac en el mismo tazón. Por fin expone:

—Solamente con echar vistazos a la gente, estudiar sus miradas, sus gestos, su estilo de hablar, sé el terreno que piso. Usted mismo, por ejemplo, Damian, pese a su noveleo cínico, es un romántico, en el fondo. Es generoso sin ser tonto. Si pretenden abusar de su cordialidad, se encierra como una ostra.

Por su perspicacia se ha ganado otra ración de coñac. La traga y prosigue:

—No tengo mérito en hacer deducciones. Fue mi profesión. Vi desfilar mucha gente por mi despacho. Primero, soberbios y arrogantes. Luego, humildes. Según las preguntas y según las respuestas. Fui policía. ¿Le extraña, con mi pinta de *clochard*, que sea un expolicía?

—En absoluto. Todo policía se convierte fatalmente en expolicía. ¿Retirado?

—Me retiraron. En 1945. Por lo que llamaban depuración.

Inculcado de acosar a patriotas durante la ocupación. A veces hacía encarcelar a algunos. Otras veces evitaba que los encarcelasen. Dependía.

—¿Dependía de qué?

—De sus ahorros monetarios.

El tono brutalmente cínico de Javert empieza a sublevarme.

—Me importa un rábano que fuera usted auxiliar de la Gestapo. Tenga la bondad de chivarme a qué ha venido o le expulso de mala manera.

—Cuando le explique lo que me sé, verá como ya no sentirá deseos de expulsarme. Anoche usted fue a casa de Clement Marvelec.

—Sí. ¿Y qué?

—Nada. Ya lo sabía. Vivo en su casa. Me recogió. A su modo, es un filántropo Marvelec. Nos conocemos hace muchos años. Yo por entonces era un policía jovencito, y él, un negociante en sus primeros vuelos. ¿Tiene un pitillo?

El cuello de su camisa tiene rebaba, y su corbata parece una cuerda vieja. Si Marvelec lo ha recogido, no le paga ropa ni lavandería.

Javert enciende el pitillo, aspira a fondo y destila el humo con placer por las fosas nasales.

—En el 44, recibimos en mi brigada una carta anónima. Al día recibíamos unas doscientas. Pero este anónimo era distinto. Notificaba que el dueño del Splenlux, Clement Marvelec, vivía en Francia, pese a que todo el mundo le suponía huido. Antes de ir a verle, me informé sobre la marcha de su negocio. Iba bien. Y como el administrador era un cretino sin envergadura, llamado Grierson, sospeché que era muy posible que Marvelec hubiera conservado la autoridad, dirigiendo bajo capa, solapadamente. ¿Sigue ansiando expulsarme?

—Menos. Prosiga.

—Tomé copia de la carta anónima y me fui a la avenida Suffren. Pasaré por encima los detalles de poca monta sobre mi llegada. El personal perdió la calma. Subí al desván. En un escondite muy ingenioso se ocultaba Marvelec. Un inválido. Al ver mi placa, perdió también la serenidad. Pero cuando comprendió que yo no era un ejecutor a domicilio ni un salvaje incivilizado, se recobró. Le enseñé

unas fotos. Y se puso a reflexionar.

—¿Fotos?

—En el 44 teníamos algunas fotos tomadas clandestinamente en campos de concentración. Le dije: «Si le empaqueto, Marvelec, he aquí lo que le pasará». Entonces fue cuando me propuso dinero. Dinero que rechacé con gran dignidad.

—Curioso por parte de usted, hombre.

—No. Era simple medida de precaución. Me olfateaba ya lo que pasaría. Tenía ya barruntos de quién iba a ganar la batalla final. En caso de derrota de los alemanes, iba yo aviado. Con la ayuda de un Marvelec, volviendo a ocupar su puesto en la sociedad, yo podía salir de apuros. Le propuse que me firmase un certificado de civismo.

—¿Con «uve» o con «ene»?

—Con «uve» de váyase a la «em» —sonríe Javert—. Marvelec y yo hablamos con toda franqueza. Aceptó. Lógicamente le garanticé que, en caso de una nueva denuncia anónima, ya le avisaría, si no podía hacerla desaparecer.

—La denuncia, ¿de quién procedía?

—Puede considerarme un abyecto, pero no un idiota, Damián. Esta pregunta no puedo contestarla.

—Bien. Le salvó la piel a Marvelec. Y meses después, apenas depurado, fue a verle.

¿No es así?

—Claro. Me acogió bien. Quería que yo recuperase la carta anónima de la cual le mostré la copia cuando nos conocimos. Pero yo no tenía la original. Pareció decepcionado. Luego, le expuse mi situación. Me propuso ir a Indochina, a unos almacenes de su propiedad.

Como detective vigilando el género. Los indochinos, hoy vietnamitas, llevaban por entonces túnicas con mangas muy anchas, donde escondían género. Podría contarle cada historia...

—No se moleste. ¿Qué pasó después?

—¿Después? Usted es culto. Conoce la historia de Francia. Vino lo de Diem-Bien-Phu. Sálvese el que pueda.

—Usted pudo. ¿Qué hizo?

—Regresado a Francia, volví a visitar a Marvelec. Esta vez me envió a uno de sus almacenes en Rabat. Lo mismo. Y nada fácil. Los

árabes son tan ágiles de dedos como los indochinos. Y encima, llevan chilabas con grandes bolsillos interiores. Mucho trabajo me costaba el vigilar la mercancía. Y empezaron los atentados. Acabé por creerme que llegar yo a un país y empezar el lío, todo era uno. O sea que le escribí a Marvelec. Y hace unos meses me pagó el regreso a Francia con mi esposa.

Su rostro se altera, de pronto. Domina una emoción que no logro adivinar en qué consiste.

—Mi Denise trabajó en lencería en casa de Marvelec. Yo, al no poder colocarme oficialmente en Splenlux, a causa de mis antecedentes, acepté quedarme en casa de Marvelec para toda clase de chapuzas. Ayudar al jardinero, al chófer, y hacer recados. Hasta el día en que me pidió muy confidencialmente que vigilase lo que estaba ocurriendo por sus alrededores. Ya me entiende, ¿no? Vistazos a la correspondencia, pegar la oreja tras las puertas, en fin, ser el espía y chivato.

—¿Había recibido amenazas?

—En realidad, nadie ha amenazado directamente a Marvelec. Claro que hay gente muy dispuesta a arruinarle, pero por procedimientos legalmente aceptados. Marvelec sabe que se trama algo, en su casa, en su círculo personal, pero como es muy desconfiado, no me ha dado pista alguna, ni me ha dicho de qué se trataba. Unicamente me encomendaba repetirle lo que veía o escuchaba. Pero solamente él estaba en condiciones de interpretar adecuadamente mis informes.

—Me parece que la familia Marvelec es una olla de grillos y cangrejos.

—Acertó, Damian. Yo, cada vez que obtenía algún dato, lo anotaba en un papelito. Una costumbre antigua de mis tiempos de policía. Aceptaría otra gota de coñac... Gracias.

Tengo paciencia. Estoy seguro de que mi visitante ha venido para decirme algo interesante, en relación con la invitación de anoche. Me pregunta, de pronto:

—¿No está casado, verdad?

—Todavía no.

—Yo lo estaba. Con mi Denise yo vivía feliz en cualquier rincón. Desgraciadamente, mi Denise era muy celosa. Por increíble que pueda parecerle, he tenido éxito con las mujeres. No hay quien lo

entienda, pero era así. Ahora bien, cierta noche...

Compruebo con estupor que las facciones de Javert se han crispado. Su voz se hace más baja, más intensa:

—... Cierta noche, mi mujer no subió a nuestra habitación. En la cocina me dijeron que se fue por la mañana, a las nueve. Al día siguiente, nada. Nadie ha visto a mi Denise. Fui a casa de su padre. Nada. Nadie ha visto a mi Denise. Mis bolsillos habían sido registrados, vueltos los forros. Yo creí que, enojada, celosa, había hecho una pequeña escapada a casa de su padre o de algún otro familiar. Eso creí. No. No era eso.

Mira recto enfrente.

De sus ojos resbalan lagrimones. Lloro silenciosamente. Erguida la cabeza. Sin avergonzarse.

—La encontraron tres días después. Ahogada. En el Sena.

CAPÍTULO VI

¿Qué voy a decirle? ¿Darle el pésame?

El pobre hombre, por apestoso y cínico que sea, me conmueve. Tenía su corazoncito, su rincón sentimental. Se lo destrozaron. Es un viudo inconsolable. Hay pocos. Pero los hay.

Hago lo único posible y normal. Echarle más coñac en el tazón.

Javert se ha enjugado el rostro con un pañuelo asqueroso. Y aprovecha aquellos instantes de debilidad melancólica, para agarrar el frasco y servirse otra ración.

Si sigue así, saldrá a cuatro patas.

—La encontró un fluvial de Les Mureaux. Ya no llevaba bolso. Ni la menor documentación. Nada que la identificase. ¿Comprende?

—No.

—La mataron porque fue a una de las direcciones anotadas en alguno de mis papelitos. La muy infeliz se imaginó que era una cita galante. La liquidaron, comprende... De mala manera. Estrangulada. Y luego, tirada al río. La vi sobre la mesa de mármol... Yo quería mucho a mi mujer. Le parecerá raro, viéndome tal como soy. Un tipo repugnante.

—Nunca mezclo la pinta física y aparente con lo que escondemos muy adentro, viejo.

—Se lo agradezco tanto más cuanto que usted no tiene ni idea de lo que es el verdadero amor.

—¿Qué se figura? ¿Que sigo soltero porque tengo vocación de casto cartujo?

—Usted habrá tenido muchos amoríos que parecen amor. No es eso, no es eso. Es aceptar definitivamente a una mujer, acostumbrándose a ella, con sus defectos y sus cualidades. Es no poder ya vivir sin ella... En fin, no divaguemos...

Tiende la zarpa hacia el frasco. Le doy una palmada, apartándole la garra.

—Divagará si sopla más, Javert. Luego, cuando acabe de hablarme, se lleva el frasco, ¿de acuerdo?

Me mira casi con cariño lacrimoso.

—De buenas a primeras, usted es antipático. Después resulta todo un tío, caramba. Volviendo al asunto, intenté recordar lo que podían contener mis anotaciones en papelitos sueltos. Nombres, direcciones captadas a diestro y siniestro, en casa de Marvelec naturalmente, y números de teléfono. Como todo lo anotaba, no concedía más importancia a un detalle que a otro. Fui a ver a Marvelec, después del crimen. Me dio dinero, pero no quiso que presentase ninguna denuncia. ¿Se entera bien, Damian?

—Perfectamente, viejo.

—No ha querido que presentase ninguna denuncia. De lo contrario, me dijo, él mismo me complicaría la existencia. Por consiguiente, tiene que saber lo que ha pasado. Y pese a ello, me he quedado en su casa. Sobre todo, al comprender que la muerte de mi Denise le tenía asustado, y que si estaba al corriente del asesinato, no lo había ordenado.

—¿Qué tiempo hace de todo eso?

—Tres semanas. Los periódicos dedicaron al caso una gacetilla de tres líneas. «Mujer extraída sin vida del Sena. Se cree en un suicidio. No ha sido identificada».

Javert queda sumido en su emoción, inclinada la cabeza sobre la pechera de su sucia camisa. Pero como parece dispuesto a pasarse la mañana en esta actitud, le toco el hombro.

—¿Y qué desea de mí, viejo?

—Prevenirle solamente que si le hacen proposiciones del estilo de la que me hicieron a mí, vaya con mucho tiento. Podría usted enterarse de algo que supondría su inesperada e inmediata ejecución a domicilio.

—¿A domicilio?

—Evitarían que pareciese un crimen. Podrían dejar abierto el gas, rociándole con coñac, simulando embriaguez, por ejemplo.

—Seamos serios, caray. ¿Tanto le interesa mi porvenir vital?

—No me importa un rábano. Lo que yo quiero saber es por qué motivo, quién y cómo, liquidó a mi esposa.

—Si usted, un expolicía, no ha averiguado nada, ¿cómo voy yo a atinar?

—De mí, desconfían. Esta gente entre sí no se traiciona. Prácticamente, no sé nada de todos ellos.

—¿Por qué sigue soltera Charmion?

—Es una mujer independiente. Cuando era joven, creía que los hombres venían por su dinero.

—Pero ¿tenía dinero? No es más que la hermana del potentado.

—Tiene una mensualidad crecida, abonada según dicen en cuenta bancaria por su hermano. Pregúnteme otra.

—¿La difunta esposa de Marvelec cómo se llamaba de soltera?

Hice la pregunta para dármelas de experto. Ignorando por completo que estaba dando de lleno en la diana. Ignorando que ahí estaba todo el intríngulis del problema.

Javert contesta, displicente:

—No la conocí.

—Y la hija Claudia, ¿qué tal es?

—Una chica moderna. Solamente su futuro marido sabrá si es tonta o lista. Yo, no.

Javert estima, sin duda, que ya ha hablado bastante. Se levanta. Desliza la mano en un bolsillo.

—Por cierto, me olvidaba. Adiós.

Aguardo a que se haya ido para enterarme del contenido del sobre que acaba de dejar sobre la mesa.

Charmion, la magnífica hermana de Marvelec, me invita a que vaya esta tarde a vaciar tazas de té en su compañía. Sin cumplidos. Ella y yo.

Minutos después, entro en la tasca de Lafleur. Pido un café con gotas y, con aparente indiferencia, pregunto:

—¿No ha venido hoy Flora?

—Anunció ayer que piensa permanecer encerrada, sin salir, varios días. Dijo que iba a inspirarse para la obra maestra de su vida.

He de conformarme a esperar que se le pase la racha.

Voy al teléfono. Oigo repicar el timbre de la editorial de mis amores y sudores. Poco después, ansiosamente, interroga mi patrona:

—¿Qué tal fue su cena con la familia Marvelec?

—Una familia rara. Vaya tribu... Son tan cordiales, que darían escalofríos a un esquimal.

Además, alienta un misterio peligroso. No quiero ahondar porque podría terminar asesinado.

Solange Roche-Duprez emite gorgoritos. Se ríe.

—No sea exagerado, mi buen Arnal.

—¿Exagerado? Le aseguro que si persistiese en querer investigar, acabarían conmigo.

—Vamos, vamos... Está usted hablando de los Marvelec, no de la Mafia. Me recuerda usted a su colega Frankie, que se sumerge tan a lo vivo en sus novelas, que ya no sabe diferenciar la existencia cotidiana de la imaginativa.

—Yo soy más veterano. Nunca me he creído que estuve en Rusia, por más que usted se empeñó. Pero sí que tengo el pálpito de que en casa Marvelec se está cocinando algo terrible y, si me pillan curioseando, me liquidarán.

—Como publicidad sería excelente. Y gratuita. Le cubriré la lápida con crisantemos. Una broma imprudente, sobre la que me abalanzo.

—Hablando de flores, patrona, ya puede avisar a caja para que me abonen los cincuenta francos que me costaron las rosas de ayer, y los cincuenta que me van a costar el ramillete que le llevaré a Charmion esta tarde para el té.

Un silencio polar inunda mi oído. Las rosas de ayer no me costaron nada. No las compré. Considero grotesco circular con tallos floridos envueltos en celofana y plata.

El ramillete de esta tarde me saldrá igual de barato.

Por fin, consiente ella en añadir cien francos a cuenta del anticipo sobre mi próxima novela intitulada *Sudarios para presidente*.

Me está saliendo de mil primores. Se trata de un presidente iberoamericano que cae seducido entre los brazos de Katia, una aventurera despampanante.

Es un éxito en perspectiva. Abandono la tasca de Lafleur, y subo a rellenar algunos folios. A las tres me zampo unos bocadillos. He de seguir en la máquina.

Mi presidente está saliendo perfecto. Es un verdadero verraco mala uva. Katia está escalofriante. Casi me entusiasma a mí mismo. Estoy inspirado. Tras cierta frase que me ha salido bordada, gimo, emocionado:

—¡Concho! ¡Soy genial!

Me lo creo hasta las cuatro, en que estoy de presidente y Katia hasta los topes.

Revisto mi traje gris, y voy caminando. Nada mejor para poder reflexionar sensatamente. Mientras Marvelec no me pida nada concreto, no hay problema.

La criadita me introduce en un salón. Temía encontrarme con la falsa animación de un cinco a siete literario, con marquesas y embajadores. No hay nadie.

A las cinco y dos minutos entra Charmion Marvelec.

Está apabullante. Su carnación rellena en los sitios adecuados un vestido de cóctel, con tajo al lado y escote en bandeja. Estalla de vida, gracia y salud. Su sonrisa destella.

Me coge la mano entre las suyas, como si fuera un objeto precioso.

—No sabe cuánto me complace verle de nuevo, mi querido Damian.

Me toca contestarle algo original. Lo más original, ya que no se me ocurre nada, es no contestar. Sigue ella arrullándome:

—Siéntese. No pretenda hacerme creer que le intimidó. Todas sabemos que es usted un tigre.

Ahora me entero. Me desplomo en el diván. Ella se instala a mi lado, y prosigue, acaramelada:

—Anoche tuvimos tan poco tiempo de charlar... No sabe cuánto me gusta todo lo que escribe. Es tan vívido, tan alegremente brutal... Y necesito tanto un poco de alegría...

Una sombra nubla su mirada. Se lleva una mano al lado izquierdo del escote, suspirando. En circunstancias similares, yo siempre coloco en boca de mi héroe un comentario fulminante, ingenioso.

Ahora sólo sé decir tontamente:

—La verdad sea dicha en cuanto a lo tocante a alegría, escasea en este panteón.

Su mirada me incendia literalmente. El dichoso vestido que se trae resulta corto, estando ella en pie. Sentada, resulta abreviadísimo.

Si sigue tentándome, van a echarme de mala manera.

Por suerte o por desgracia, ella se levanta, va hacia el bar, saca

un frasco de jerez seco y dos copas maravillosas.

Se acerca con sonrisa a lo Gioconda. Va colocando sobre la mesita baja las copas y el frasco.

Me encuentro en la situación del colegial invitado por una amiga mayor de la familia, y viviendo en la ansiedad de ser asaltado. Estoy reflexionando que, dado el clima que reina en casa Marvelec, es muy posible que esta soberbia criatura haya concebido algunas sospechas sobre el papel que puedo ser llamado a desempeñar.

El mejor sistema para ella es, pues, tratar de extirparme la verdad, adoptando el método eterno. La seducción. Despliegue de imanes infalibles.

Se demora en escanciar el vinillo. Inclínada, riente, turbadora. La mesita es rodante. La empujo con el pie.

Ella ríe hondamente, provocativa.

La agarro por la cintura, sin más ceremonias. Me ofrece su boca.

Estoy demasiado absorto para oír la puerta abriéndose. Tardo en apearme de la nube roja en que me he encaramado.

La voz estridente dice, sardónica:

—Damian. Es usted un seductor empedernido.

Clement Marvelec está ante mí. En su cacharro ambulante. Inmóvil, clavándome su único ojo de lechuzo cruel.

La situación es un poco inconfortable.

El inválido prosigue con inquietante campechanía:

—Su incorrección linda con la inconsciencia, Damian.

Avanza de un cuarto de rueda. Me pregunto si no entrará en sus planes atropellarme con su coche casero, y atribuir mi defunción a un vulgar accidente de circulación.

—Mi hermana es mayor de edad, pero ésta es mi casa, Damian. Admitirá que su comportamiento deja mucho que desear.

Estoy por defenderme alegando que fue su hermana la que me incitó al ataque, pero sería grosero. Charmion, lívida, apretados los labios, debe meditar que su hermano sabe que su intento estaba destinado a interrogarme sobre él y sus propósitos.

Clement nos contempla con expresión mixta de desprecio e ironía. Su voz tajante conmina:

—Tenga la amabilidad de seguirme, Damian.

Sería difícil negarme. Estoy en su casa. Me jeringa un poco separarme así tan bruscamente de la guapa y propicia Charmion.

En el hueco de una escalera secundaria han construido una especie de rampa ascendente, que conduce de la planta baja al primer piso.

Al pie de la rampa se halla el chófer Steiner.

Sin esfuerzo aparente, empuja a su patrón hasta arriba. Abre una puerta de doble batiente. La sala debe servir de alcoba y despacho al inválido. Una mesa repleta de expedientes y archivadores. A cada lado, dos baterías de teléfonos.

Y unos amplificadores en los ángulos de la sala.

—Siéntese, Damian.

Su chófer se va. Presiento que voy a pasar un rato difícil. No se puede pelear con un inválido.

—Me alegra que simpatice usted con mi hermana.

—¿Me está tomando el pelo? Pues no, no lo parece.

—Pero supongo que es usted lo bastante inteligente para comprender que no es solamente su prestancia física la que ha determinado la conducta frívola de mi hermana. Dicho de otro modo, ella quiere saber el motivo por el cual le invité anoche.

En aquel momento, una voz gangosa se eleva en la sala. Me vuelvo, por instinto.

Procede de uno de los amplificadores. Repuesto de la sorpresa, comprendo que aluden a dificultades referentes a la remesa de unas lanas de Escocia.

Marvelec presiona una tecla, y responde a su interlocutor invisible:

—Para las licencias, vea a Dubeuf en el Ministerio. El servicio exterior me comunicó que algunos competidores ya están surtidos. Le hago responsable. Actúe.

Con la punta de la regla, cierra el circuito. Regresa a mi persona.

—Soy profano en amores. No me interesa saber si Charmion siente o no atracción hacia usted. Sólo me interesa Splenlux, que representa decenas de billones. Quieren eliminarme de este negocio. Los mismos que todo me lo deben: Grierson y mi hermana. No soy simpático, no soy atractivo. Y por razones que no vienen al caso, Charmion me odia. Molesto, ¿verdad?

—Penoso, más bien.

—Su pena, guárdela. Nos atendremos a los hechos. Lo que maquinan Grierson y mi hermana, lo ignoro. He aquí por qué deseo

y le pido que se gane usted su confianza. Repentinamente, Marvellec me da la impresión de un hombre atrozmente desgraciado y desvalido.

—Deseo saber si puedo contar con usted para informarme. No lamentaré haberme prestado un servicio que no puedo solicitar de nadie.

Presentada así la proposición de Marvellec, adquiere un matiz aceptable.

—Para mayor facilidad en su tarea, le diré a mi hermana que lo he expulsado de mi casa. Tómese el tiempo que quiera para reflexionar, y téngame al corriente. Gracias.

Le ha debido costar horrores eso de decirme gracias. Le dejo a solas con su fortunón.

Un exceso de dinero es tan pernicioso como un exceso de debilidad económica. Bajo la pista y me cruzo con Steiner, que me guiña un ojo.

En el salón ya no está la turbadora Charmion. Pero junto a la salida está la doncella, que me desliza un papel en el bolsillo.

Protector y paternalista, le acaricio la mejilla, fresca y satinada.

—Gracias, pequeña. Sonríe, complacida.

Desciendo la escalinata exterior con majestuosa lentitud. Poco a poco, apresuro el paso. Al volver la cabeza, he visto a Steiner acechándome desde una ventana del primer piso. Este individuo es peligroso. Tendré que evitarlo lo más posible.

Ya lejos de su posible ojeo con prismáticos, desdoble el papelito. La misiva, perfumada en malva, con letra redonda violeta dice:

«Arnal, hemos de vernos inmediatamente. Acude a la exposición felina del Robinsons, en la calle Rivoli.

»Charmion».

CAPÍTULO VII

Tras pasar por la taquilla, donde me birlan cinco francos, penetro en una sala donde la cacofonía de maullidos es repelente.

A mi espalda maúlla una fémina:

—Gracias por haber venido, Arnal.

La hermosa Charmion lleva un abrigo de piel de leopardo. Vamos paseando por delante de las jaulitas, acercándonos a la salida. Me agarra del brazo.

—Tengo que hablarte seriamente. Urge. Vámonos —susurra, felina.

Hay tantas promesas en su mirada, que me encandilo. Seguro que va a llevarme a uno de esos miniestudios donde impera un suave calorcillo, luces tamizadas y música afrocubana en sordina.

Me saltará encima y...

Me decepciona. Me ha introducido en un salón de té, poblado de ociosas histéricas. Resignado, opto por pedir jerez seco. Ella ataca el asunto:

—No me intriga el motivo por el cual Clement te ha invitado. No es la primera vez que encarga a alguien que me vigile. Hasta recurrió a un expolicía chantajista. ¿Quieres pastelillos?

—Me chiflan.

Apenas está la bandeja en la mesa, nos abalanzamos. La hermosa Charmion engulle tres mokas y dos lionesas.

Rechazando su taza de tisana, pide jerez y añade:

—Deje la botella, camarera.

A este ritmo, vamos a rematar el *five tea o'clock*

con sendos salchichones y una jarra de tintorro.

—Mi hermano es un enfermo, atacado de manía persecutoria. Se imagina conspiraciones.

Con una hipocresía de la que no me creía capaz, replico:

—Tu hermano me echó. ¿Es que supone que pretendo abusar de ti? Ríe, regocijada, chispeantes los ojos.

—Le tiene sin cuidado lo que yo pueda hacer en el terreno amoroso. Te echó porque sabe que ya no puede contar contigo.

—¿Y para qué iba a contar conmigo? ¿Se supone en peligro?

—Su fortuna le mantiene siempre en peligro. Lamentablemente, sus sospechas me conciernen a mí y a sus colaboradores más fieles, y en esto se equivoca de lleno. Aunque es cierto que le detesto.

—Si le execras, ¿por qué vives con él?

—Me pasa una mensualidad muy generosa. Por esto le soporto. Y le detesto porque estuve enamorada de Alain Grierson, pero mi hermano se opuso rotundamente a la boda. Si me hubiese casado con Alain, mi hermano me suprimía la pensión.

—Si no comprendo mal, sería Claudia la que heredaría Splenlux si le pasase algo a Marvelec.

—Sí.

—Pero tú serías la tutora, con derecho de vigilancia, salvo si se casase con Bruno Blasio.

—A este punto es donde quería llegar —arrulla ella—. Hace dos años conocimos a Bruno. Su padre había vendido su agencia inmobiliaria a mi hermano. Sería una hipócrita si dijese que los guapos mozos me dejan insensible. Bruno era agradable. Sabía que yo me aburría. Digamos que se benefició. No le guardo rencor.

Se sopla otro lingotazo de jerez, antes de proseguir:

—Su padre regresó a Córcega, donde murió hace apenas un año. La herencia se esfumó porque Bruno vive por todo lo grande. Cuando se arruinó, yo le ayudé en lo que pude. No sé qué clase de mujer te vas a figurar que soy, Arnal...

—Una preciosa mujer, que necesita distraerse —afirmo, mundano.

—Eres muy comprensivo. Las cosas se complicaron al regresar Claudia de Inglaterra. Y a Bruno, que es un granuja, le resultó fácil embaucar y seducir a la inocente Claudia. Mi obligación de tía consciente era poner en guardia a mi sobrina contra las maniobras de Bruno. Desgraciadamente...

—Ella le amaba locamente.

—Por entonces, todavía no. Desgraciadamente para él, Bruno insinuó contra mí un innoble chantaje.

—Dijiste que a Marvelec no le importan tus romances.

—Pero no quiere escándalos públicos. ¿Adivinas lo que me exigió Bruno?

—O influías para que Marvelec concediese la mano de su hija a Bruno o Bruno desencadenaba el escándalo.

—Exacto. ¿Cómo lo adivinaste?

—Es que yo también soy corso. ¿Qué opinaba tu hermano del matrimonio de su hija con Bruno?

—Lógicamente, se opuso de un modo rotundo. Ya viste la clase de acogida que le dio a Bruno anoche.

—¿Tu sobrina está verdaderamente decidida a esta boda?

—Está loca por este granuja.

—Todo esto es interesante, pero sigo sin ver lo que esperas de mí ni para qué me has citado.

—Es muy delicado para explicarlo así —y mira en torno.

—Vámonos, entonces. Pide la cuenta.

La ficha rosa cae sobre la mesa. Ella alinea varios billetes sobre la mesa. Nos vamos. Bajo los soportales, indago:

—¿Qué es lo que resulta tan delicado?

—Bruno posee un documento que me perjudica.

Esto me entusiasma. En las novelas, siempre necesitamos documentos para justificar las matanzas.

Por ejemplo, en mi actual novela, el conspirador que he abandonado atado sobre la vía del tren y que espera su llegada con menos impaciencia que si estuviese en el andén, se halla en tan molesta situación por culpa del documento que usurpa.

—¿Qué clase de documento, Charmion?

—Bruno quiso que le comprase un descapotable. Le di un cheque. De resultas de no sé qué otros gastos, mi cuenta se hallaba sin fondos, y el Banco devolvió el cheque al vendedor. El granuja de Bruno empleó este cheque como medio de chantaje.

—Veamos, veamos... ¿Cómo fue posible que el vendedor entregase un documento de este valor a Bruno? ¿Es que le dio el coche a Bruno?

—No. Pero tiene una fotocopia del cheque, con el eufemismo bancario «No conforme».

—Sigues sin decirme qué es lo que quieres que yo haga.

—Recuperar esta fotocopia.

—Un trabajito que no me agrada. Porque supongo fue sería cuestión de recobrar el documento de una manera poco ortodoxa.

—Claro, tontín —suspira.

—¿Y Steiner, el chófer de tu hermano? Con su pinta, s el más calificado para esta clase de trabajito.

—¡Ni hablar! ¡Un lacayo impertinente como Steiner! Nunca. Antes prefiero el deshonor del escándalo público.

Empiezo a sospechar que el inteligentísimo Marvelec tiene por hermana a una borrica.

La solución más astuta es seguirle la corriente. A ver dónde vamos a parar.

—¿Y cómo pretendes que recupere la foto?

Se detiene, señalándome un lujoso *coupé* «Aronde» aparcado en la plaza.

—Subamos.

Se instala tras el volante. Conduce con gran autoridad, despreocupándose de los demás.

—Abre mi bolso. Las llaves.

Saco varios llaveros del bolso de caimán bronceado. Me señala uno.

—Este mismo. Guárdalo.

Lo guardo. Estamos en la Puerta Maillot, y tiene todos los semáforos a su favor. A la mitad de la avenida de Neuilly, bifurca en una alameda lateral.

Percibo una cantera en obras, y dos casonas aisladas, bordeadas por un camino lleno de verdura. El *coupé* se detiene ante este camino particular.

—Ven conmigo.

¿Qué estará rumiando esta jamona estrambótica? La sigo por el camino. Las dos mansiones parecen deshabitadas. Al extremo del camino hay una verja, entreabierta. Ordena ella:

—Espérame aquí.

Todo su tejemaneje no tiene nada de claro. Me fumo todo un pitillo hasta que Charmion regresa. La he visto subir los peldaños de la escalinata, pasar la galería y llamar al timbre de la puerta.

No acudió nadie.

Entonces registró en su bolso, y deslizó algo blanco y plano en el buzón. Regresamos al *coupé*. La luz lunar es de un blancor

espectral.

Estoy de mal humor. Desde que salimos del salón de té, no ha parado de darme órdenes. Me explica:

—En esta casa es donde vive Bruno. Tienes sus llaves en el bolsillo. No hay servidumbre. Esta noche, Bruno estará en la avenida Suffren. Acabo de invitarle. Después de las diez de la noche, no corres el menor peligro de ser molestado en tu registro de la casa.

—¿Y así, de golpe, encontraré la fotocopia del cheque?

—Sí, porque sé dónde la tiene escondida. En una caja de cartón de camisas, que se halla en un cajón de su mesa despacho.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no largarte un par de tortas. La muy pollina me debe considerar un retrasado mental. O sea que Bruno no solamente le dejó las llaves sino que, además, le indicó dónde estaba la fotocopia del cheque.

Ella prosigue, persuasiva:

—Las llaves las conservo desde el tiempo en que le visitaba. Y en confidencia, me dijo que desde la infancia solía esconder cosas en sitios que nadie mira, como las cajas de camisas. Su despacho está a la derecha, entrando. No hay el menor peligro, porque nunca denunciaría Bruno el robo, puesto que sería denunciarse él mismo.

—Bueno, y tras darme tantas órdenes, ¿qué gano yo, mi sargenta?

Ríe, sin responder, mientras detiene y arrima el coche bajo un gran álamo. Nos separamos. Ceno en una tasca, sin prisas.

Puesto que ella desea que vaya a casa de Bruno, iré. ¿Curiosidad? ¿Inconsciencia mía incurable? De todo un poco.

Hago la digestión con un paseo al claro de luna, y pronto localizo el sector. Las dos casonas están casi juntas, pero una está más cerca de la calle.

Entro en la alameda. No hay nadie. La gigantesca grúa de la cantera se recorta en la noche como un pajarraco prehistórico de mal augurio.

Meto la llave en el paño y entro.

La oscuridad huele a moho, a abandono, a silencio de tumba...

O sea que el despacho está a mi derecha. Enciendo mi mechero. Las cortinas están echadas.

Tiro de la cadenilla de una pantalla, y el cono de luz ilumina

una mesa con un solo cajón, que tiene la llave puesta.

Abro el cajón y descubro el cartoné con camisas. Encima de una camisa color guinda hay un papel liso del tamaño de un cheque.

Acerco el papel a la bombilla. Restallan dos disparos. Seguidos.

Una bala silba a mi izquierda, la otra a mi derecha. Muy cerca. Demasiado. Me invade un sudor frío y paralizante.

CAPÍTULO VIII

—Te he fallado por pelos, chambón —me dice Bruno Blasio. Agita su automática como un molinillo.

—Quedan todavía seis pepinillos, y así, a sangre fría, no sé si tendré el valor de meterte plomo, aunque disfrute de la prerrogativa de legítima defensa.

Tengo que hallar un argumento rápido y convincente:

—Cuidado, que no soy un ladrón. Soy un visitante. Por eso lo de la legítima defensa no vale. Piensa en este papel, Bruno.

Bruno se tambalea un poco, y hay brillo alcohólico en sus ojos.

—Ayer, cuando nos conocimos, me pregunté qué hacías tú en casa de Marvelec. Primero te supuse un privado. Al saber que eras novelista, seguí preguntándome qué harías tú donde solamente reciben politicastros y académicos. Ahora ya lo sé. Eres un gorrino, Damian. Un guarro espía, tanto más despreciable cuanto que no necesitas hacer estas faenas para sobrevivir.

Por gesto reflejo, llevo un rato con las manos a altura de hombros.

—Las apariencias engañan. Oye, hablando la gente se entiende. ¿Puedo bajar los brazos?

Tira su automática sobre el diván, y se pasa el dorso de la diestra por la frente sudorosa.

—Has tenido una chiripa enorme, chambón. He bebido demasiado champaña. De lo contrario, no podía fallarte. Soy un gran tirador.

La verdad es que los dos proyectiles se han incrustado a centímetros de mis costillas, en un bargueño. Bruno Blasio pasa al cuarto de baño. Oigo el ruido del agua y, cuando regresa, le chorrea la cabeza. Manifiesta:

—Algunos detalles me han chocado, cuando estaba despejándome con la cabeza bajo el grifo. En definitiva, si todo se

hubiese desarrollado como estaba previsto, aquí había una doble ejecución a domicilio.

—¿Eh?

—Tú estarías acribillado, y yo me convertía en un asesino.

—Te bastaba alegar allanamiento de morada.

—No era tan sencillo. Primero porque nos conocemos. Anoche fuimos presentados. Segundo, la parte contraria declararía que, estando yo prevenido de tu visita, no tenía porqué recibirte a tiros. Oye, te has portado como un jabato. No has pestañeado.

—No podía. Me quedé congelado, ¡*macaché!*

La exclamación corsa le hace más amistoso. Ríe. Sabe tomarse las cosas con buen humor. O será el champaña, que ayuda a ver la vida en rosa.

—Todo eso me huele a emboscada, Arnal. Vamos a explicarnos los dos.

—A ello. Me gustan las bromas, pero no los disparos.

Ya que el asunto se ha puesto en este plan bestia, conviene que nos expliquemos.

—Esta noche, al regresar, me encontré con una tarjeta de Chachá...

—¿Chachá?

—Así es conocida Charmion por bastantes mozalbetes. Bueno, ella me invitaba a ir a su casa para comunicarme algo importante. La cita era para las diez. Pero a las nueve y cuarto recibí un telefonazo. Una voz disimulada por pañuelo me avisaba que a partir de las diez iba a venir un maleante a registrar mi casa, enviado por Marvelec.

Respingo. Nadie estaba al corriente de mi visita, salvo Chachá.

—¿Es que no me crees, paisano?

—La cosa me parece muy fuerte. Que intenten librarse de ti, haciéndote detener, pase. Pero librarse de mí, hacerme matar...

—Si querían que yo fuese detenido, era necesaria una víctima, ¿no?

—Pero hay un fallo, Bruno. La misma persona que te llamó anónimamente, para hacerte detener, hubiese avisado a la policía y...

Un chirrido de neumáticos nos inmoviliza. Resuena claramente la sirena del coche patrulla de Police-Secours.

El coche desemboca en la alameda y viene embaldado.

Me abalanzo al diván, y encajo la automática entre la madera y los almohadillados. Bruno respira, aliviado. La puerta se abre violentamente, y el sargento que aparece tiene cara de perro pachón malhumorado.

A modo de saludo ladra:

—¿Es aquí donde hay un muerto?

—¿Un muerto? —repite Bruno inocentemente—. ¿Cómo es esto, un muerto?

—¿Es que no ha visto jamás un muerto? —brama el sargento.

—Sí, pero no en mi casa. Le han gastado una broma. ¿Quién le avisó?

—Esto no le importa. ¡Vosotros, registrad!

Dos agentes empiezan a activarse por la sala. Uno de ellos se dirige hacia el bargueño. Y en aquel mismo instante anuncia Bruno severamente:

—Un momento, un momento. Aparte de ser yo mismo abogado, voy a telefonar a mi abogado.

Milagrosamente, la policía se inmoviliza, expectante. Añade Bruno:

—Comprenderá, sargento, que desde el mismo instante en que cualquier imbécil puede permitirse enviarle a uno a domicilio, en plena noche, a la policía, ya no se respeta la inviolabilidad de domicilio del ciudadano. Sobre todo, cuando la policía no se toma la molestia de comprobar la seriedad y procedencia de la llamada.

El sargento no pica. No contesta a la pregunta que acaba de serle insidiosamente insinuada. Nunca sabremos quién dio oficialmente la alarma.

Señalándome, pregunta el sargento:

—¿Quién es este señor?

—Arnal Damian, el famoso escritor.

—¡Sé quién es, sé quién es! —exclama, alborozado, uno de los agentes—. Mi hijo se traga todas sus novelas. Dice que son la monda...

—¡Cierra el pico, Pierrot! —Ataja el sargento—. Entonces, si no he comprendido mal, ha sido él quien telefoneó.

Respingo ante la alusión.

—¡Oiga, oiga! ¿Qué va a pasar aquí, si empezamos a hacer

ultrajantes suposiciones? Yo voy a telefonar al prefecto. Le conozco, ¿sabe? Almorcé con él hace dos meses, cuando fuimos jurados del Gran Premio de la Secreta.

Una sacudida de pánico estremece a los representantes de la ley.

—El prefecto me invitó a visitarle en su casa cuando quisiera.

Esto ya es pura invención. Aquel día, el prefecto, sentado ante mí, estaba de malas. Contestaba a los demás jurados con secos monosílabos. Y a mí solamente me dirigió la palabra para pedirme el salero.

La boca del sargento se crispa en dolorosa mueca, ante la perspectiva de un posible traslado eventual a una aldea pirenaica. Por dentro debe maldecir de la «gente de cuña, de influencia».

—Bien, yo cumplí con mi deber. Si atrapo a la bromista...
Disculpen, señores.

¡Vámonos!

El terceto se retira. Respiramos a fondo. Dice Bruno:

—Estuviste formidable al esconder a tiempo el petardo. Y ahora, ¿me crees?

—Claro que te creo, paisano. Vaya pandilla.

He aquí lo que era yo. Un cebo, carnaza. Charmion quería accesoriamente hacerme liquidar para que Bruno fuese detenido, enjaulado, eliminado socialmente. Y ella hubiese declarado contra su *exgigoló*.

—¿Qué significa la fotocopia del cheque, Bruno?

—Carece de importancia. Para que tuviese valor, hubiera sido preciso que el vendedor presentase una denuncia. No lo hizo, puesto que Marvelec le compró el cheque.

—Entonces, ¿para qué guardas una fotocopia?

—Marvelec es un tipo demoníaco. Al enviarme la fotocopia, me demostraba que estaba al corriente de mi aventura con Charmion. De este modo, hacía imposible mi boda con su hija.

Se aproxima a la biblioteca. Extrae dos copas flauta y un frasco de capuchón plateado. Nada menos que Reisler seco. Taponazo. Espuma. Brindis.

—Chin, chin, Arnal. Bueno, ahora ya sabes lo bastante para comprender el tejemaneje.

Pero lo que ignoras es que ella se opone a mi boda con Claudia, no para defender a su sobrina, sino para proteger a Grierson.

—¿Por qué a Grierson?

—Si Marvelec desaparece de un modo u otro, ella podrá casarse con Grierson, que es quien conoce mejor la organización Splenlux, después del propio Marvelec. Claudia es menor de edad, legalmente. No puede dirigir nada hasta sus veintitrés años. Por lo tanto, durante dos años, Splenlux estaría a merced de Charmion y Grierson. La chica sería estafada miserablemente.

—Pero Marvelec no te quiere por yerno. Supone que hundirías el negocio. ¿Es lógico, no?

—Ya me supongo las barbaridades que te habrá contado Chachá sobre mí para que aceptes venir de noche a jugar al ratero. Según ella, soy un chantajista. ¡Absurdo! Si el chantaje pudiera ser útil, si por este sistema consiguiese a Claudia, no sería a Chachá a la que tendría que obligar sino a Marvelec. Y contra Marvelec no tengo nada que me permita obligarle. ¿No es evidente?

—Y luminoso. De todos modos, Marvelec opina que tu moralidad es de bajo coeficiente. Le aceptaste regalos monetarios a Chachá.

—Porque me quedé sin una perra gorda, y ella se empeñó en asediarme, a base de arte y billetes de Banco. No seamos puritanos, paisano. Además, y puesto que los corsos tenemos fama de bandoleros, ¿vamos a desmentirla con escrúpulos de pacotilla?

Ríe, satisfecho, y prosigue:

—Te preguntarás qué voy a hacer a casa de esta banda, donde me tratan como un boñigo. Quiero a Claudia, con o sin dinero, y solamente puedo verla allá. Está muy vigilada. Algún día nos casaremos. Te juro que entonces Charmion y Grierson van a saber la clase de animal vengativo que soy. He estudiado los estatutos de la sociedad. Y ellos dos conocen perfectamente mis intenciones.

—Quizá estos proyectos tuyos explican el afán de Charmion por enviarte a presidio.

¿Por qué Marvelec te trata con hostilidad?

—Me cree un cazadotes.

—¿Crees que está al corriente de lo que aquí estuvo a punto de pasar?

—No. No es su estilo. A su modo, es un tipo leal. No tiene corazón ni misericordia, pero es leal en sus tratos. Sospecho que existe una razón muy seria que le hace desear eliminarme. Y esto es

lo que no comprendo. He debido rondar algún secreto monstruoso, sin darme cuenta, algo peligroso para él, y por esto quieren eliminarme.

Acabo de acordarme de la esposa de Javert. Fue a algún sitio, creyendo sorprender a su marido en galante aventura.

La pescaron estrangulada, envuelta en húmeda mortaja de río...

—¿Conoces a Javert, Bruno?

—Sí. Un fulano desmoralizado, deshecho. Le hizo un favor a Marvelec, y éste le protege.

—Marvelec teme algo.

—Sí, tiene miedo. La prueba es que ha suscrito una póliza de seguro colosal. Únicamente para protegerse. Sabe muy bien que, en caso de muerte, la compañía hará todo lo posible por no pagar. De donde surgiría una investigación minuciosa. Lo dijo una noche cenando, delante de nosotros.

Hace una pausa y ríe, divertido.

—Pasó entonces algo gracioso. A Charmion le dio un patatús. Y a partir de aquel momento, adiviné algo evidente. Marvelec y su hermana se odian, pero comparten un secreto que les obliga a estar juntos.

—Si llegas a matarme, ya no había problema para ellos. La policía se cuidaba de ti, y la Morgue de mí.

Bruno Blasio chasquea los dedos, de pronto. Ríe con sadismo.

—Oye. Me has dado una gran idea. Puedo tenerlos en un puño.

Me explica su plan. Entusiasmado. No está mal, como *vendetta*. Capto la idea y acepto. Descuelgo el teléfono, y pido que se ponga Charmion. Declaro que es urgentísimo.

No tardo en oír la voz de contralto de la guapa Charmion. Expongo:

—Habla Damian... Un desastre, una calamidad... Accidentalmente, me he cargado a Blasio con su propia automática... Te explicaré...

—¿Y la policía? —inquieta ella, angustiada.

Ya no cabe duda. Se ha delatado ella misma. La indigna nos envió a la policía, la muy artera.

—Vine con un amigo. Cuando la policía llegó, dije que mi amigo era Bruno Blasio. Se lo creyeron, y se marcharon, sin más.

—Vaya... Entonces, así no hay problema, Arnal. Todo va bien.

Tiene intención de dejarme abandonado con el cadáver imaginario. Protesto con vehemencia:

—¿Cómo que así todo va bien y no hay problema? ¿Y el «fiambre»? ¿Lo dejo aquí?

—¿Estás loco? No, ni hablar. Arréglatelas, querido.

—No es posible. No tengo a mano féretros. Me vuelvo a casa.

Bruno tiene la oreja pegada al auricular. Está pálido de rabia. En el fondo, al planear su desquite, debían quedarle algunas dudas. Ya se han disipado por completo.

Lo único que inquieta a la hermosa Chachá es hacer desaparecer el cadáver de su examorio.

—Yo me largo, Charmion. Y cuento contigo para atestiguar con referencia a lo del chantaje. Yo me defendí. Legítima defensa. Eso es todo.

—¡Aguarda, aguarda! ¿Desde dónde me telefoneas?

—Una «cabin» del Metro.

—Regresa a casa de Bruno. Te enviaré a alguien.

—¿A los patrulleros de la Criminal?

—¡No, no! Nos ocuparemos del cadáver. No te inquietes.

—La que ha de inquietarse eres tú, guapaza. Eres la primera interesada en que este asesinato no despierte escándalos.

—De acuerdo, de acuerdo. En seguida se solucionará todo, querido. Cuelga. La imito. Bruno tarda en reaccionar. Dice, por fin:

—Esto se complica. Ahora envía Chachá a alguien para hacerse cargo de mí «fiambre»... Yo contaba únicamente con tenerla aterrorizada. Ayúdame, paisano.

—Caben dos soluciones. Una, desaparecemos los dos. Otra, desapareces tú, y diré que te tiré al río.

—No, no... ¡Ya está! Ven conmigo. Aprisa.

Le sigo, y subimos la escalerilla hasta un desván, donde hay una decena de largas cajas apiladas. Me explica:

—Son cachivaches que mi padre, al trasladarse a Córcega, no se preocupó de hacer transportar, porque no era urgente.

Señala una larga caja, en la cual podría caber perfectamente un hombre robusto.

Parece pesar lo suyo. Pregunto:

—¿Qué contiene?

—Nada menos que una enciclopedia. Los treinta tomos de la

Larousse.

Voy captando su idea. Vaciamos la caja, envolviendo los treinta tomos en dos mantas. He sido yo quien ha sugerido:

—Hay que amortiguar el ruido de piezas sueltas, por si alguien sacudiese el pseudoataúd.

—Vamos al garaje por alambre.

Este muchacho debería escribir policíacas.

Entre los dos bajamos la caja y en el garaje manipula Bruno con un rollo de alambre y unos alicates. Rodea la caja con tres cercos de alambre, que aprieta y tensa en terminales con los alicates. Resistirá.

Le señalo el coche deportivo rojo.

—Tendrías que sacarlo fuera, Bruno. Me gustaría saber dónde van a tirar este fardo lóbrego.

Vuelvo a pensar en Denise Javert. Es curioso cómo un sencillo caso de suceso corriente:

«Mujer ahogada en el Sena», me esté obsesionando así.

Bruno se instala al volante del «MG», sale en tromba y tarda poco en regresar. Me informa:

—Por si acaso, en el garaje de la otra casa, cuyo dueño está en Suiza, hay un «Citroen» 15, depósito lleno.

—Servirá, ya que dudo que acepten llevarme como pasajero en el entierro clandestino. Tendremos que seguirlos.

—Y tendrás que ver el modo de advertir, en secreto, a Claudia.

—De acuerdo. ¿Dónde piensas instalarte provisionalmente?

—En un hotel de Versalles. El Rabelais.

—No lo comuniques a nadie, porque si los Marvelec desconfían, interrogarían a quien fuese.

Me noto en plena forma. Vengo a ser uno de mis personajes, participando en un golpe satánico. Compruebo que la escalera está bien colocada, para que Bruno se esconda en el altillo del garaje, apenas lleguen los sepultureros transportistas.

De pronto me acuerdo.

—¡Hey! El petardo en el despacho. Sigue escondido en el sofá, pero podrían encontrarlo. Voy a recogerlo. Vigila la alameda por el ojo del paño. Si viene alguien, subes al altillo. Hasta ahora, viejo.

Encuentro sin dificultad la pistola bajo el almohadillado del diván. La guardo en el bolsillo.

Para dar el clima del drama, derramo dos vasos de agua al pie del bargueño. Éste es el lugar en que se supone ha caído la víctima.

Parecerá que, tras el homicidio, he lavado el suelo de todo rastro de sangre.

Regreso y descubro a Bruno sentado melancólicamente sobre la caja que en teoría contiene su propio cadáver.

Se oyen pasos cautelosos por la alameda.

Bruno trepa ágilmente y sin ruido por la escalera.

Atraído por la luz que filtra entre los batientes de la puerta del garaje, alguien se acerca. Abro. Con la diestra en el bolsillo.

Una voz ronca, gutural, protesta:

—Ya has tardado en abrir.

Es Steiner, el chófer alsaciano. Esto confirma que Marvelec se encuentra al corriente del accidente. A menos que el chófer no sirva a dos mesas: la del patrón y la de su hermosa hermana.

—He tardado el tiempo preciso para saber quién venía. Pasa.

Steiner avanza, y se detiene ante la caja que le señalo. La sopesa, y comprueba la solidez del alambre. Me felicita.

—Enhorabuena. Excelente trabajo.

—¿Traes vehículo para hacer el transporte?

—Naturalmente. ¿Cómo pasó el accidente?

Estoy más que alerta, escamadísimo. Antes que pueda hacer nada sospechoso, saco la automática. La mantengo a la altura de su ombligo.

—La culpa fue de esta herramienta. ¿Quieres ver el lugar del accidente?

—Eso te iba a pedir. Guarda el trasto. No quiero ser el segundo accidentado.

Salimos. Voy detrás, pistola empalmada. No me fío. Puesto a trabajar, podría embalarme a mí también. Le invito a entrar el primero en el salón, y pasamos al despacho. Explico:

—Me pilló aquí por sorpresa. Este petardo es suyo. Quiso atizarme un culatazo. Pude cogerle la mano al vuelo. Brotó el disparo en el forcejeo... Dos disparos accidentales.

Con voz sin matices, interroga superficialmente:

—¿Estabas solo?

—No. Y fue una suerte porque la policía llegó casi inmediatamente.

—¿Y tu compinche?

—Se largó. Es de toda confianza.

Echa un vistazo al bargueño. Palpa las dos muescas. Mira por el suelo, en busca de indicios que justifiquen mi declaración.

Se fija en la humedad, y me interroga con mirada mortecina.

—Lavé el suelo.

—¿Con qué?

—Una esponja que tiré al *water*.

—Flojo. Una esponja se encuentra fácil. Hasta en las cloacas. Ten bien presente que esto no es una no vela de las que escribes.

Sale en dirección al garaje. Dentro redobra sobre la caja con los nudillos. Sin mirarme, pregunta:

—¿De quién es el deportivo rojo que está fuera?

—Supongo que será de Blasio.

—Esto me pareció. Sí, en efecto. El mozo venía con el cochecito rojo a la casa. Bien. Vamos allá. Échame una mano.

Pisamos la alameda, llevando la caja como una camilla. Hay una camioneta estacionada ante la puerta Pese a haberle quitado los cartelones Splenlux, reconozco el tipo de furgoneta. Circulan muchas por París.

Una vez colocada la larga caja en el compartimento posterior, Steiner me mira, riente.

Una risa siniestra.

—Ni necesito piloto ni acompañante. Vuelve a tu casa, escritor. Salud. Hasta otra.

Su camioneta arranca, y embala. Espero a que esté lejos, y corro hacia el «MG». Pero ha llegado antes Bruno.

Está intentando meter la llave en el contacto. No entra. Imprec a Bruno:

—Maldito verraco. Con una lima ha deformado la cerradura del contacto. ¡Vamos allá! Corremos al garaje de la casa contigua. Contiene un 15 CV, que arranca sin la menor dificultad. Salimos en tromba, sin tomarnos la molestia de cerrar la puerta. Calculo: —Nos lleva, por lo menos, cinco minutos de ventaja.

En el puente de Neuilly, titubea Bruno sobre la dirección a tomar. Le pregunto:

—Port-Marly, ¿es por ahí?

—Sí. ¿Por qué?

—Una idea que se me ocurre. Lánzate hacia Port-Marly. Ha sido una intuición.

De nuevo la muerte de Denise Javert, repescada en Port-Marly, me ha vuelto a la mente. Es una intuición o corazonada.

De todos modos, Steiner no va a llevar la caja a la avenida Suffren. Se librará de ella en las afueras de la ciudad.

A la velocidad que vamos, no deberíamos tardar en apercibir la camioneta, si ha tomado esta dirección. Me inquieto, y Bruno lo adivina.

—¿Nos hemos equivocado de ruta, no?

—No sé. Pero ya, ahora, sigue adelante.

Nos aproximamos a Rueil. Y respiro. La camioneta está a unos trescientos metros delante de nosotros. Consigo que Bruno mantenga la separación hasta el puente de Bougival.

A partir de entonces, los muelles del Sena están desiertos. Únicamente alguna que otra gabarra podría contrariar el proyecto de Steiner, si pretende tirar la caja al río. Pero no parece ser su intención.

Sigue rodando a un promedio de ochenta. La carretera gira en amplio viraje. Obliga a acelerar a Bruno para que no se nos escape la camioneta.

La aguja marca cien y, repentinamente después del viraje, lanzo un mugido de asombro colérico.

Lo que ocurre es increíble. Tan extraordinario, tan imposible, que no puedo articular ni palabra. Tampoco Bruno.

La camioneta que corría a menos de cien metros de nosotros ha desaparecido, se ha volatilizado.

—Pisa a fondo, Bruno.

—Ya hemos pasado el sector de Port-Marly, paisano.

Empiezo a creer que no hemos sido víctimas de una alucinación. Steiner ha aprovechado el amplio viraje para huir y esconderse. ¿Dónde?

—Volvamos.

Bruno vira en una calle y, tras maniobrar hábilmente, reemprende el regreso junto a los muelles, apenas iluminados, pero desiertos.

Lo fastidioso es que nos encontramos a la derecha, es decir, en el lado opuesto al que antes seguíamos.

—Frena un poco, Bruno. Meditemos. Al llegar a unos doscientos metros del viraje, por aquí, más o menos, ha sido donde la camioneta se evaporó. ¿Cómo te lo explicas?

—Pudo meterse por una de las pistas que bajan a la ribera del río. Estas pistas que utilizan los carros para descargar gabarras.

—Arrímate a un lado.

Bruno arrima el coche al pie del ribazo, esquiva por milímetros el hoyo del desagadero de lluvias y para el motor.

—Será mejor que te escondas agachado, Bruno, por si acaso. Que nadie pueda verte.

—¿Dónde vas?

—A echar un vistazo por la margen del Sena. Es forzoso que sea por allá que este bandido metió su camioneta. No veo otra explicación.

Salgo. No hay nadie por la carretera. La atravieso, y me dirijo al camino que baja hacia el río. La noche está muy oscura.

Recorro un centenar de metros entre la húmeda hierba, tratando de avizorar la penumbra.

A lo lejos rechina el cordaje de una gabarra y un perro ladra. No hay nada parecido a una camioneta. Regreso sobre mis pasos para comprobar que me es prácticamente imposible localizar mi punto de salida.

Sigo caminando, un poco a ciegas. No veo nada. Ningún coche ha podido meterse por aquí. Es imposible. Además, no hay camino a lo largo del río. No creía haberme apartado tanto.

Me resbala por el espinazo un sudor helado. Una vaga angustia me oprime la respiración. Aquel trecho de negra carretera desierta tiene mal aspecto.

Por fin apercibo la luz piloto del 15 CV. Sigue arrimado. Dos coches pasan sucesivamente, uno en cada sentido. Atravieso, y llego a la altura de la ventanilla del coche.

Vacío.

El 15 CV está vacío. Ni rastro de Bruno Blasio.

Maquinalmente, busco por el suelo. Nada. No hay señales de lucha. Ningún desorden en el coche.

Domino mi impulso de abrir la portezuela. Algo me avisa que sería un gravísimo error. Algo me dice que es de mi máximo interés vital dejar el coche donde está.

Y que es de mi máximo interés de supervivencia tomar el tren. Escabullirme.

Me limito a localizar rápidamente el sitio donde ha quedado el coche. A unos diez metros de una especie de portalón en semicírculo.

Una hora más tarde, un tren parte de la estación de Bougival. Ronda la una de la madrugada. En Saint Lazare un taxi me lleva recto a casa. Me apeo al pie de la cuesta.

Entro en el bar de los *clochards*, bohemios y demás noctámbulos.

Pido un doble de coñac. Me he portado cobardemente. De todos modos, ¿qué podía hacer? No había ni rastro de Bruno.

Y estuve convencido, allá, de que alguien espiaba en la noche. Pudo ser el temor que infunde la noche en un paraje desierto, lúgubre. Pero lo cierto es que, si existe la presciencia, el aviso espiritualista, yo percibí el aliento de algo malsano, horrendo, peligroso.

Es realmente intrigante la doble desaparición: la de la camioneta y la de Bruno. Pero estoy cansado, y me voy a dormir.

El sueño es el mejor remedio para disipar todas las inquietudes y dudas.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, en el bar de Lafleur, éste me entrega un sobre.

—Su chica —dice con guiño cómplice.

Dentro del sobre hay una cartulina. Y pincelazos de acuarela que dicen:

«No hay modo de verte. Seguiré recluida varios días más. Así sabré si acepto o no tus convencionalismos».

En vez de firma, varias flores. Es su anagrama. Esto me reconforta, me alegra el ánimo. Es un buen síntoma. Esta chica, apenas acepte dejar el vino y la vestimenta machuna, es la novia ideal.

El trapero Prosper me interpela. Señala la silla libre en su mesa, donde consume un chato de tinto. Desde el día en que cometí el error de indicarle que un tema para una novela podía producirle unos francos, siempre quiere hacerme beneficiar de sus cogitaciones de curda.

Hasta hoy, se ha limitado a contarme sandeces truculentas, sin interés.

—Un café corto para mí, Lafleur —pido, dirigiéndome hacia la mesa de Prosper, cuya diestra estrecho.

—Y otro tinto a cuenta del escritor —vocifera el trapero—. Esta vez sí que no va a lamentar escucharme. Naturalmente, le pido que no mencione mi nombre, si hace uso del asunto. Ya sabe que nosotros, los «líderes» sindicalistas, estamos muy vigilados.

—Seré discreto —le afirmo para llevarle la corriente.

—Supóngase que un agente monárquico quiera hacer desaparecerla un líder sindicalista que le molesta...

Ya estamos otra vez en pleno delirio tremendo, como dice Lafleur para designar el *tremens* de los borrachos.

—No son disparates, Damian. Tengo pruebas —y golpea el periódico que acaba de colocar sobre la mesa—. ¿Dónde reside el duque de Orleáns?

—¿Y yo qué sé ni qué me importa, hombre?

—Pobre inocente. ¿Es que no se da cuenta de lo que sucede? Estamos a dos pasos de la revolución, y usted dedicándose a sus cuentos tártaros. Pues bien, sepa que el duque de Orleáns vive en Montargis. Y por allá, esta noche, ha pasado algo grave. Un muerto. Un asesinado.

—¿No me va a endilgar ahora que el duque ha matado a un sindicalista?

—¡Digo lo que digo! —Ruge el irascible trapero—. Ni más ni menos. El duque no puede tragar a los sindicalistas.

—No sea sectario, Prosper.

Congestionado de vino y furor, berrea:

—¡No soy ni parcial ni sectario, joven! Ni estoy por el Este ni por el Oeste. Para mí solamente cuenta el trabajador. Cuando atacan a los trabajadores, ¡alto!, aquí está Prosper.

Cierto. Aquí está Prosper como siempre. Con su media melopea y sin dar ni golpe. Se levanta a medias, y con voz de trueno, como si estuviera en el Parlamento, proclama:

—¡Y Prosper abre su expediente! ¡Y lo lee!

En vez de expediente se trata de la edición del mediodía de un cotidiano sensacionalista. Prosper se aclara la garganta con un toque de tinto antes de comenzar su lectura:

«Serían las cero y treinta cuando Corentin Barrez, propietario de la gabarra La Bella Bretona, amarrada a un kilómetro de Port-Marly, oyó dos disparos seguidos por un ruido pareciendo corresponder a un cuerpo cayendo en el río.

»Valerosamente, el heroico marino, acompañado de su perro, un terrier de cinco años llamado “Medard”, llegó prontamente al lugar. Ahora bien, la noche, muy negra, no le permitió a Barrez hallar el menor indicio...»

Pausa de Prosper. Yo contengo el aliento, impaciente. Comenta Prosper:

—El sitio mencionado no está lejos de donde reside el aristócrata. Prosigo: «A su regreso a bordo, Barrez tuvo que encerrar su perro que aullaba a muerto. Al amanecer, el marino comprobó que la hierba había sido hollada y en sitios arrancada por donde la víspera había oído los disparos. Al instante alertó a la gendarmería de Rueil. A su llegada, las autoridades tomaron nota de un coche “Citroën” 15 CV estacionado al otro lado de la carretera, abandonado al parecer, y con señales de haber pernóctado». Silba Prosper entre dientes, antes de preguntarme:

—¿Se da cuenta de la gravedad del caso, Damian?

¡Y tanto! Mi palidez satisface a Prosper, que agrega, benévolo:

—Lo que sigue es todavía más grave. Sigue leyendo en sonsonete:

«Alertada a su vez, la brigada fluvial localizó los restos de una caja flotante, retenida entre el muelle y *La Bella Bretona*. Un buzo descubrió el cadáver de un hombre joven, estallada la cabeza de dos balazos, lo cual hace prácticamente imposible la identificación de la víctima».

Prosper me observa, y exclama, triunfante:

—¡Ah, ah! Nuestro autor está lívido como un muerto.

No contesto. El café de Lafleur no basta para remontarme el ánimo.

Ahora lo veo todo claro. Liquidaron a Bruno, y su ejecutor fue el chófer Steiner.

Como en una pesadilla, oigo a Prosper ponerse vehemente. Está organizando, de boquilla, con frenesí, una asamblea general de todos los gremios, con la finalidad de ir a guillotinar al duque de Orleáns.

Su sanguinaria perorata es tan convincente, que el propio Lafleur se aproxima a la mesa y aconseja:

—Deberías tener más cuidado, Prosper, con tus acusaciones a lo energúmeno. Tu manía de acusar a la aristocracia de la muerte de cualquier ciudadano y hasta de los perros atropellados, te buscará el lío padre. Y por carambola, me lo vas a buscar a mí.

Sigo inmerso en mis meditaciones febriles. Me encuentro en una situación que ni habría siquiera imaginado en una de mis novelas.

Le declaré a Charmion que yo había liquidado a Bruno. Es capaz de creérselo, aunque, por otra parte, si fue Steiner el ejecutor, ya se cuidará Marvelec de imponer silencio a su hermana.

La señora Lafleur coloca ante mí el estofado de buey. Bebo moderadamente. Tengo que conservar la plena lucidez mental.

Al subir a mi piso, encuentro en el rellano, esperándome, al expolicía viudo. Abro mi puerta y apenas entramos me dice:

—Supongo que ya leyó el periódico.

—¿Port-Marly?

—Eso es. Curioso, ¿no le parece? El mismo sitio donde pescaron a mi mujer.

—Hay algo que quería preguntarle, Javert. Si sospecha que Marvelec hizo matar a su esposa, ¿por qué sigue usted viviendo en su casa?

—Primero, es infalible que Marvelec no hizo ejecutar a mi mujer. No es un desagradecido. Segundo, ¿dónde quiere usted que vaya a vivir? ¿Con las viejas del ejército de salvación? ¿Bajo los puentes del Sena? Y finalmente, es en la casa de Marvelec donde estoy mejor situado para averiguar lo que sucedió.

—¿No ha recordado el contenido de sus notas?

—Eran cosas que oía, sin importancia aparente, dichas por Charmion, por Grierson, la pequeña Claudia o Bruno. Anotaba sobre un trozo de papel cualquiera. En el fondo, no creía realmente en peligro a Marvelec. Pensaba más bien en un enfermo con manía persecutoria. Es corriente, sobre todo cuando son ricachones.

—No le creo tan poco realista. Si teme algo, algo habrá.

—Por cierto, esta mañana fui a darme un paseo por la casona de Bruno Blasio. Tiene usted suerte que ya no esté yo en activo. Conmigo, iba usted listo. Comprendí enseguida. Por instinto. Bastaría comprobar sus huellas en las dos copas, en la portezuela del «MG», el barro de sus zapatos... Conclusión a la que llegué: el célebre novelista policíaco que las descubre todas en sus novelas, estuvo allá anoche.

A ratos, Javert me inspira ojeriza. Ríe.

—No se enoje, muchacho. Personalmente, no tengo nada contra usted. Todo lo contrario. Pero Bruno ha sido hallado casi en el

mismo sitio que mi Denise. Por consiguiente, ambos tenemos que explicarnos a fondo. Si se niega...

—Nos complica la existencia a todos, ¿no? Estalla en una risotada que le sacude la panza.

—Complicaré solamente al alsaciano Steiner. Al grano. El ejecutor es Steiner, ¿no es verdad? Él es quien líquida, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

Crispa los puños. Una expresión rencorosa lo desfigura. Normalmente, ya es un rato feo. Ahora está horrendo. Ya tiene lo que buscaba: el nombre del asesino de su Denise.

—Explíqueme en detalle los sucesos, Damian.

Hay momentos en que uno siente deseos de hablar, aunque solamente sea para explicarse a sí mismo sus actos. Y prefiero hacerlo ante un expolicía que ante uno en activo.

Me ataja. No cree en la desaparición de la camioneta. Afirma:

—No hay misterios de esta índole. Todo tiene su explicación en este mundo. ¿Tiene coche?

—Un cacharro. Lo tengo en una cuadra. A veces lo saco a tomar el aire. Siempre prefiero ir en taxi o a pie, porque suelo olvidarme de que tengo un volante entre las manos y, además, no me agrada conducir.

—Mientras funcione, basta. Vamos allá, ¿quiere? He comprendido. Desea comprobar sobre sitio.

La vieja cuadra abandonada está a cien metros. El cacharro es un «Panhard». Dicen que el motor es maravilloso. La pinta es grotesca, pero pita. No es veloz, pero es seguro.

A mi lado, Javert está sumido en hondas meditaciones. A ratos, crisper el rostro. Masculla:

—Otro pisotón de acelerador como ése, y vamos a parar a la Morgue.

—Ya le advertí, viejo. No soy un as del volante. Pasado el puente de Rueil, le aviso:

—Aquél es el viraje. Ahí fue.

Rodamos a setenta. La curva debe medir casi un kilómetro entre terraplenes. Como Steiner aceleró, de pronto, pudo tomar unos trescientos metros de ventaja, anoche. Javert medita en voz alta:

—Queda excluido que bajase a la derecha, es decir, por el lado

del Sena. Primero, el talud lo impide. Segundo, el muelle de descarga queda muy atrás. Por consiguiente, solamente pudo desaparecer sobre su izquierda. Mire allí, Damian.

Unos muros han sido contruados en contrafuerte del ribazo, sin duda para contener los posibles desprendimientos de tierras.

A lo largo de la línea recta, después del viraje, observo cuatro portales, separados unos de otros por unos centenares de metros.

Cada portalón corresponde a la entrada subterránea de una casa. Deben abrir sobre un túnel, permitiendo el acceso a las propiedades que se ven dominando la carretera en la altura.

Mansiones lujosas, antiguas, aisladas.

—¿Qué? Ahora a pleno día, ¿ve más claro su misterio?

—Sí. Tuvo que ser por uno de estos portales por donde anoche se coló. Pero iba a una velocidad extraordinaria.

—No tiene nada de extraordinario. Primero, la puerta debía estar ya abierta. Segundo, Steiner no es como usted. El sabe conducir. Y, sobre todo, se cuidó de apagar sus faros y luces apenas entró. No olvide que llevaba un fardo especial. Ustedes pasaron de largo. Queda ahora por determinar el sitio donde usted Bruno se detuvieron. ¿Delante de qué casa?

—Recuerdo un portalón en semiarco.

—Todos los que ahora vamos viendo son semicirculares en su arco alto, que se adapta al túnel de acceso. Siga escarbándose las meninges, Damian.

A veinte por hora sigo el curso del Sena para tratar de orientarme. Veo la única gabarra amarrada: *La Bella Bretona*. Repito la misma maniobra que ayer hizo Bruno.

Viraje en Port-Marly. A la vuelta sitúo muy aproximadamente el lugar donde estaba el 15 CV. Ahora lo veo todo clarísimo.

Si Steiner estaba precisamente disponiéndose a cerrar la puerta del túnel en el momento en que paramos el 15 CV, no es extraño que sospechase de aquel coche estacionado.

Es también natural que se haya quedado petrificado por unos instantes al ver a Bruno vivo, y no dentro de la caja. El resto...

Bruno, huyendo, perseguido por Steiner, que dispara al atraparle.

Sobre un pedazo de papel, Javert escribe algo. Súbitamente, se le cae el bolígrafo. El papel tiembla al extremo de sus dedos.

Como alucinado, mira en silencio la carretera.

Recorremos casi un kilómetro antes que se afloje la crispación de sus maxilares. Su voz restalla de pronto, áspera, inquietante:

—¡Pare allá!

Allá es un cafetucho rutero. Poco después, nos acodamos en el mostrador.

Espere con avidez que le llenen un vaso de *melé cassis*, que deglute de un trago como para reponerse de una tremenda impresión.

—¿Qué le pasa, Javert?

—A lo mejor, usted, un intelectual, creará en los impactos cerebrales sobre el lóbulo de la memoria. Yo no creía. Pero ha bastado que escriba una dirección en un papel, para que me acuerde, de pronto, de haberla ya escrito. Esta dirección es la que figuraba en una de las notas que Denise me encontró por los bolsillos. Muelle Bosquet, de Bougival.

¿Comprende ahora?

Afirmo con la cabeza. Reflexiono y recompongo, mientras Javert se sumerge de nuevo en el silencio.

La existencia de Bruno en sí misma no representaba peligro. El verdadero peligro era que descubriese la existencia de esta misteriosa mansión aislada.

Un descubrimiento que hizo involuntariamente la mujer de Javert.

Eso es lo que a toda costa quieren impedir los Marvelec. Tanto él como ella. Javert le pide al patrón de la cantina:

—¿Tiene la guía telefónica?

—En la cabina.

Vamos allá. Como los abonados no están catalogados por calles sino por los nombres, hemos de ir leyendo todos los que habitan en Bougival, guiándonos por sus direcciones.

General Cambronrie de Segur 14, Muelle Bosquet

Javert llama a la centralilla. Nos contestan que este número ya no tiene abonado desde hace más de seis años.

La telefonista añade:

—Además, la casa está deshabitada. Paso todos los días por delante, en bicicleta. Nunca está abierto.

—Gracias.

Volvemos a mi coche.

Media hora más tarde, al apearse, Javert, cuyo silencio he respetado, me dice:

—No se inquiete por lo de anoche. Marvelec en persona me pidió que fuese a borrar esta mañana todas las huellas que usted pudo haber dejado en casa de Bruno Blasio.

Le veo alejarse. Tiene aspecto de *clochard*, este tipo de borrachín intermedio entre el *beatnik* y el vago de solemnidad. Sin domicilio, durmiendo bajo los puentes.

Algunos son expersonajes que fueron médicos, arquitectos, abogados. Desilusionados ya de todo.

Javert parecerá un *clochard*, pero ahora le noto algo nuevo.

Sí. Camina más erguido, con mayor vitalidad, como animado por una ilusión inesperada.

¿Qué planeará? Sabedor que Steiner asesinó a su esposa y a Bruno, ¿le exigirá dinero a Marvelec para guardar silencio? ¿Por qué Marvelec habría de proteger tanto a su ejecutor a domicilio?

Compro aspirina.

CAPÍTULO X

El despacho es el mismo, pero quien me ha conducido hasta allí no es Steiner, sino la criadita.

Clement Marvelec está encogido en su sillón como un cangrejo.

—Siéntese, Damian. Le he recibido porque era ya preciso que sostuviéramos una conversación.

Apenas ha tenido tiempo de empujarme con la regla el cofrecillo de tabaco, cuando crepita el teléfono.

Acierta a la primera en agarrar el teléfono que suena. Es un talento. Pero me doy cuenta de que los timbrazos tienen variantes melódicas, lo cual simplifica las cosas.

Escucha, ceñudo, lo que le dicen al oído. Y replica:

—Las importaciones serán suspendidas o sobretasadas el próximo viernes. La misión económica llegará a Moscú pasado mañana y, por consiguiente, la petición de licencia ha de ser presentada hoy mismo, sin falta. Actúe de inmediato.

Cuelga. Y entonces sucede algo extraño.

Una tonalidad rara rellena la sala. Es como un arpegio sinfónico, pleno de majestuosa dulzura.

Y el comportamiento de Marvelec se hace repentinamente nervioso, frenético. En un segundo ha apartado su sillón de la mesa, para pulsar dos interruptores.

Y la extraña música cesa.

Me quedo frente a frente del temible inválido, que fija en mi rostro su único ojo, extraordinariamente gélido y penetrante.

—Le escucho, Damian.

O sea que he de comenzar a hablar. No sé cómo hablarle de la velada de anoche es inútil. La verdad la conoce, por mediación del ejecutor Steiner.

—He sabido que usted encargó borrar los indicios de mi paso por el domicilio de Bruno Blasio.

—Este incidente ha de quedar totalmente olvidado. Hubo un encadenamiento de hechos, que es preciso considerar como fatales. Ni usted ni yo quisimos ni deseamos la muerte de Bruno Blasio. Por otra parte, que dará usted totalmente descartado de cualquier sospecha, por cuanto mi hermana, si fuera preciso, le proporcionará la coartada requerida.

Es curioso, pero Marvelec me produce dos sentimientos a la vez. Compasión y miedo. Prosigue:

—Debe también comprender que, por razones de peso, yo estoy por encima de toda sospecha. Siempre Nadie consideraría posible que Clement Marvelec pudiese transformar a su chófer en ejecutor o sepulturero. Este incidente, repito, queda olvidado. Indudable —mente, conoce usted el azar que intervino en la muerte de Bruno...

Valiente bandolero. Ha estado a punto de cazarme.

Adormilado por su aparente campechanía, estuve a punto de contestar. Decir, por ejemplo, que Bruno y yo habíamos seguido a Steiner...

Un sudorcillo polar repica el xilofón en mi espinazo.

Contesto con expresión inocente:

—No tengo la menor idea. Yo me fui a mi piso, apenas su chófer llegó al domicilio de Bruno.

Si adivina que sospecho algo horroroso, referente a cierta casona de Bougival, voy listo.

—Lo que sí es indudable, Damian, es que todo esto le extraña sobremanera. Pero cuando sepa la verdad, comprenderá el motivo del odio que alienta entre Charmion y yo. Entonces habrá comprendido por qué tengo que luchar, si no quiero ver reducida a la nada mi empresa, que es mi razón de vivir. Y lucho a solas.

—¿Acaso no existe la justicia, leyes? —pregunto tontamente.

—¡La justicia! ¿Leyes, dice usted?

A golpes de muñeca acaba de hacer girar su sillón y se ha aproximado.

—Míreme bien, Damian. Físicamente soy una nulidad. Grierson se convirtió en mi hombre de confianza por la fuerza de las circunstancias. Me lo debe todo. Yo le formé. En el terreno comercial, casi me iguala, y en el terreno de la dureza, me supera. La única diferencia es que él se interesa exclusivamente por el dinero, y yo por la supervivencia de una gran empresa: Splenlux.

Habla de su empresa como si fuese la esposa ideal.

—El día en que yo desaparezca, Grierson seguirá vivo. Lo mismo que Charmion. Un ambicioso rastrero y una frívola solterona de instintos primarios.

Procuró mirarle sin demostrar pena. En realidad, tendría que sentir repulsión. No pudo.

—Todo esto es espantoso, Damian. ¡Mucho más de lo que pueda usted imaginarse! Por más que lo he previsto todo, sé que los dos son capaces de cualquier cosa... Y ella sabe que no debe intentar nada contra mí, pero es necia y maligna... Todo eso es penoso.

—Si no recuerdo mal, usted es refractario a toda clase de pena. Y creo que la peor pena es sentir lástima de sí mismo.

—Gracias por la lección, joven.

—No hay de qué, maestro. Ahora, lo que ansio saber es por qué me distinguió usted con su atención particular para algo... que sigo ignorando.

—Usted pertenece a la clase de idealistas de fondo. Suelen ser los perdedores de siempre en nuestra sociedad, Damian. Pero son los únicos dignos de confianza. Por esta razón, fío plenamente en usted. Si alguien, después de mi muerte, contrariase mis planes actuando en contra de mis disposiciones, usted sería avisado. Iría a ver a mi notario. Le remitiría mi notario unos documentos y una cantidad de dinero para usted.

—Si bien me gusta mucho el vil dinero, me permito un gran lujo. Sólo acepto dinero que he sudado.

Ríe de un modo escalofriante.

De dientes para afuera. Como una hiena.

—¿Los dos mil que le entregué no le produjeron va sudores, muchacho? Tranquilece su susceptibilidad. El dinero que le entregarían sería para que publicase todo lo que hoy sigue siendo un secreto. Que se supiera la verdad. Que Splenlux volviera a ser lo que fue hace veinte años. Nada. Que se hundiesen todos en el escándalo. Contra usted no podrían hacer nada porque todo lo que escribiría serían verdades legítimas. Con pruebas y documentos.

De pronto, su voz adquiere tonos melodramáticos:

—¿Qué es lo que más quiere en esta vida, Damian?

—Tres cosas.

—¿Puede decirme cuáles son?

—Mi madre, mi novia y los callos con vino tinto.

—Celebro su supuesto humorismo. ¿Me jura por su madre y su novia que haría lo que yo le pido?

—Dejémoslas tranquilas a ellas dos. Lo haré. No le quepa la menor duda. Lo haré.

—¿Por qué razón?

—Porque me produce usted una pena enorme, inmensa. Me levanto y voy hacia la puerta.

A mi espalda parece la voz de un niño abandonado la que murmura:

—Gracias. Un momento, por favor. Me vuelvo. Se ha aproximado.

En su único ojo no hay ya crueldad, sino asombro.

—¿Por qué no acepta dinero mío, Damian? Estaba dispuesto a firmarle un cheque por la cantidad que usted fijase.

La tentación es grande. Pero me conozco. Luego de aceptar aquel dinero, fácilmente me entrarán los remordimientos. Una vez lo haya dilapidado.

—Su orgullo es pura tontería, Damian.

—No lo ignoro. Soy un desgraciado, un débil económico, pero poseo, en cambio, una gran fortuna que usted desconoce.

—¿Cuál?

—Cuando yo me río, Marvelec, no parezco una hiena triste. A lo más, pareceré un pollino. Pero un pollino feliz, a mi modo. Adiós.

En la acera, frente a mi alojamiento, me espera Javert. Sin hablarnos, subimos.

Compruebo, con sorpresa, que está limpio. Ha ido al peluquero, se ha mudado de camisa.

Cuando se sienta en uno de los taburetes de la cocina, compruebo otra cosa. Tiene un bulto a la altura de la nalga derecha.

Ha traído su artillería ligera.

—¿Le extraña verme, Damian?

—A medias.

—Me informé sobre la casa del general. Este general murió el año 44. Desde entonces, la casa está vacía y en venta. Está casi en ruinas. Nada permite suponer que hubo ni hay la menor relación ni contacto entre la familia Marvelec y la familia del general.

—Todo eso me importa un pepino.

—¿Se raja, novelista? ¿Tiene miedo?

—Me rajo y tengo miedo. Le confesaré un secreto importante, Javert. Tiende la oreja con gran avidez.

—Mis calzoncillos están forrados de pánico.

—Otra vez, avísame antes para que me ría a mandíbula batiente.

—Escuche, a mí lo que pase o no pase en la casa misteriosa de Bougival me tiene sin cuidado. Además, me quedé sin gasolina, y no quiero conducir ni comprar combustible. En esta maldita sociedad de consumo que nos consume, la gasolina es lo que más asco me da. Por mortífera y envenenadora del aire.

—Yo he traído coche.

—Veo que ha prosperado. Lo celebro.

—No es mío. Es el de Alain Grierson.

—Lo que faltaba. ¿Se dedica ahora a robar coches?

—Primero, no lo he robado. Segundo, Grierson es un cochino. El fue el autor de la carta anónima que puso en peligro la vida de Marvelec.

—Entonces, ya que conduce el coche de Grierson, se ha pasado usted al otro bando.

¿Agente doble ahora y siempre, Javert?

—No me ofusco ni encrespo. Usted me hace gracia muchacho.

—¿Ah, sí? ¿Me toma por un payaso, so bribón?

—Le tomo por lo que es. Un aparente cínico, fundamentalmente romántico. Es la última vez que voy a molestarle, Damian. Pero, de veras, esta vez necesito que me acompañe. Tengo que comprobar un detalle. Un último y definitivo detalle.

Le recuerdo llorando en silencio, erguido, crispado el rostro.

Amó a una mujer. Fue humano. Es un granuja. Pero vale cien veces más como ejemplar humano que Grierson, Charmion y Marvelec juntos.

—Vamos allá, Javert, pero queda bien claro que, después, ya no me complicará más la existencia. Haré esta excursión y sanseacabó.

—Conformes.

El coche de Grierson es nada menos que un «Cadillac». Huele a colonia. Aunque mitigada por el efluvio de vino tinto, peleón y barato, que despiden Javert.

Conduce Javert con gran aplomo. Sin prisas, a un promedio regular, metódico.

Guarda un inteligente silencio. Sabe perfectamente que seré yo el primero en hablar.

—Oiga, Javert... ¿Nunca oyó mencionar algo llamado vergüenza?

—Sí. Creo que es esto que se pierde cuando la vida le maltrata a uno demasiado. ¿A qué viene la preguntita?

—Marvelec le protegió. Y usted se pasa al bando enemigo. Al de Grierson, con coche y todo.

Javert ríe como un lechón satisfecho. Me amosco. Pero aclara:

—Grierson deja su coche estacionado en un parque aj aire libre, bajo toldo, desde las siete de la tarde a las once, las noches que le toca ir a casa de cierta damisela corista. Hoy le tocaba. Tengo un duplicado de las llaves de Grierson.

—¿No dijo que no lo había robado?

—Simplemente rapiñado en breve préstamo para, si salen las cosas como me supongo, se le complique la existencia a Grierson y, en vez de oler a vergel, huela a canguelo.

Soy yo ahora el que ríe como un jumento.

—Es usted un caso especial, Javert... De pronto, se me trunca la hilaridad.

—¡Hey! Si nos trinca la policía deambulando en un «Cadillac» rapiñado, vamos de cabeza a la «cangri».

—No sea párvulo. Tengo carnet. Y demostraría que me han prestado el «Cadillac». No se atrevería Grierson a negarlo. Se las sabe todas, este granuja.

Viendo la dirección que toma, indago:

—Espero que no tendrá la malsana intención de visitar la casa del difunto general.

—No. Primero porque anoche, usted y Bruno no se detuvieron ante la casa del general, que es la que me mostró esta mañana. Segundo, se equivocó, muchacho. Mejor dicho, le indujeron a error.

—¿Cómo llegó a estas sabias conclusiones?

—Cavilé en ello toda la tarde. Usted regresó de su exploración de los bordes del Sena con la convicción de haber hallado el 15 CV de Bruno en el mismo lugar en donde lo había dejado, ¿no es así?

—Naturalmente. Lo encontré... Me doy una palmada en la frente.

—Ahora recuerdo que anoche pensé: «Pues no creía haberme

alejado tanto».

—Voy a aclararle este punto, Damian. Después de entrar con su camioneta, Steiner ve un coche parado cerca de su puerta. El 15 CV. Reconoce a Bruno. Se lo carga.

—¿Por mandato de Marvelec o Charmion?

—Por su propia iniciativa.

—No entiendo.

—De momento, bástele saber que arrimarse a la puerta del túnel que conduce a la casona del secreto, es aspirar a una ejecución a domicilio. Y Bruno murió sin saber la causa.

—Volvamos a las andanzas de Steiner.

—Tras liquidar a Bruno, Steiner razona que si la policía descubre ante una casa el coche de un hombre que ha sido asesinado, lo primero que hará será interrogar a los ocupantes de la casa. Por esta razón, deja el coche delante de la casa deshabitada, y que hace años albergó al general. Todo ello porque ignora que usted vino con Bruno, o si no a estas horas estaría usted comiendo malvas por las raíces.

—Una perspectiva que prefiero posponer el máximo tiempo posible. ¿Para qué me trajo por estos andurriales, Javert?

—Le necesito para que intente orientarse bien esta vez. Y quedará luego totalmente libre de la menor responsabilidad. Nadie sabe nada, ni lo sabrá.

—Su cerebro, si bien algo tortuoso, es de primera, Javert.

—He de participarle que, cuando me depuraron, echándome a la puerca calle, yo estaba a punto de ser ascendido a comisario.

—Una lástima, hombre.

—Lo fue. Pero, en cierto modo, es mejor así. ¿Comprende?

—Ni papa.

—Fíjese bien en un detalle. Ahora ya no tengo absolutamente nada que perder. Y uno se cansa de todo en la vida. Hasta de ser un granuja.

CAPÍTULO XI

En rededor, la noche es bastante pálida, algo espectral. Pregunto, de pronto:

—¿Y el catastro, qué? Para conocer el nombre de un propietario se acude al catastro, ¿no?

—Como investigador sería usted una catástrofe. Si esta casa oculta un secreto de suma importancia, no estará inscrita a nombre de Marvelec. ¿Para qué sirven sino los testaferros u hombres de paja? De todos modos, el nombre del dueño me tiene sin cuidado. Lo que quiero saber es lo que sucede ahí dentro. Lo que quiero saber es por qué liquidan a todo ser viviente que se aproxima demasiado.

Las cinco casas que dominan desde lo alto la carretera abarcan en conjunto un kilómetro aproximadamente de terreno en pendiente, bordeado por un muro de unos cuatro metros de altura.

Javert conduce a poca velocidad. La segunda casa es la del difunto general. No se ve, pero voy contando los portalones.

Al aproximarnos al tercero, afirmo:

—Casi seguro que era aquí.

Javert se arrima el máximo posible al bordillo. Apaga los faros, después de haber localizado la acequia del desagadero.

—Cada casa tiene su túnel garaje. Bien, será mejor que baje del coche, Damian.

—¿Por qué?

—Es preferible que no estemos juntos, en el caso en que Steiner fuese alertado por un sistema cualquiera de escucha.

Extrae del bolsillo la automática, tira del cerrojo y aloja una bala en la recámara. Vuelve a colocar el arma en una funda especial en el interior de su americana.

—Para estar completamente seguros de no equivocarnos, vuelva a darse el paseo de anoche, Damian. Así, al regreso, estará

orientado.

—Parece querer alejarme a toda costa. Y estoy de acuerdo. A mí en todo ese asunto no me va ni viene nada.

Atravieso la carretera, y tomo contacto con la hierba.

Aquel sector está muy desértico. Los minutos transcurren con interminable longitud. Ya no está *La Bulla Bretona*.

El río, gris de barro, chapotea en constante rumor.

Un chapoteo que ayer ahogó para mis oídos, y con la complicidad del viento, el eco de los dos disparos.

A ratos, pasa un coche en uno u otro sentido. Ni los oigo ni los veo. Se delatan por el pincelazo de sus faros.

Remonto a la carretera. Como es lógico, Javert ha apagado la luz piloto.

Una sensación gemela al miedo abyecto concede a mis gestos una flojera especial. Lo cual me demuestra que las aventuras nocturnas, con ejecutores rondando, resultan más fáciles escritas que vividas.

El «Cadillac» está vacío.

Y como la noche anterior, no observo ninguna huella de lucha en torno ni al interior. No ha habido disparos. Esta noche no hay viento. Los habría oído.

Las llaves de contacto han desaparecido también.

El portalón en semiarco, que da acceso al garaje, gime, lastimero, al débil impulso de la suave brisa fluvial.

Un entarimado sólidamente tendido sobre el desagadero permite el fácil acceso de un coche al túnel.

A un metro del portalón, algo brilla en el suelo. Una palanqueta. Javert ha hecho saltar el paño. Está dentro. El túnel asciende en leve cuesta. Es ancho.

Avanzo con el corazón repicando como un tambor.

El suelo está asfaltado. Cada diez metros hay una bombilla empotrada en el muro.

Al final, al fondo hay una puerta abierta. Y el «Mercedes» en el cual me llevó Steiner a casa la noche de la cena. En la pared, un tablero con una serie de llaves y ganzúas.

Cojo una ganzúa. Es recia, y puede resultar una buena arma defensiva.

Traspaso el umbral de la puerta. Ahí está la casa del misterio.

Extensa, de una sola planta. Parece una casamata fortificada.

Avanzo con las precauciones debidas. No hay luces, y contorneo la fachada lateral. La vegetación en torno emite un leve susurro poco tranquilizador.

La puerta que encuentro ya ha sido también abierta. Penetro con gran cautela, preparado a repeler cualquier agresión, esgrimiendo la ganzúa.

La primera comprobación que hago, por el mobiliario, es que estoy en la cocina. Hace calor. El hornillo está encendido. Steiner debía estar cocinándose algo.

Y no está en la cocina, lo cual es reconfortante.

En la sala siguiente, la oscuridad es total. No me queda más remedio que darle a la piedra de mi mechero.

Estoy en un despacho. Alguien ha estado trabajando aquí, no hace mucho. La sala huele a tabaco rubio y la mesa enorme tiene en el centro la misma entalladura que la del despacho de Marvelec en la avenida Suffren.

El radiador eléctrico sigue enchufado, y hace casi un calor sofocante en este tétrico despacho.

En la superficie izquierda de la mesa hay un tablero repleto de interruptores, botones y bombillas de colores.

¿Por qué se esconde Marvelec? Recuerdo el «Mercedes» con la banqueta posterior ahuecada para dejar sitio a la silla de ruedas. Es aquí donde viene a trabajar, cuando no está en la capital.

No logro comprender por qué se esconde. No veo nada excepcional en el hecho de venir a trabajar en una casa de campo de las afueras... ¿O hay algo excepcional...?

Lo peor es el silencio pegajoso que me rodea. Siento ganas de gritar. Pero prefiero la aplastante opresión del silencio. Aquí dentro cuesta muy caro transitar. Cuesta la vida.

Me dirijo hacia la puerta que tengo enfrente. Es insensato haberme lanzado tan imprudentemente en busca de Javert.

Pero ya es tarde para retroceder. Giro la manija y entro. Agitando la ganzúa a modo de matraca.

Un cuarto muy modesto. Un catre. Y el hombre que está encima del catre no hace ningún ademán agresivo.

Avanzo, en alto la ganzúa, pero algo me impide abatirla. Enciendo la lamparita de mesa de la cabecera.

La sorpresa me inmoviliza.

—¡Steiner! ¿Qué te pasa?

Está tendido en el catre, exangüe, dando las últimas boqueadas, con un estertor ronco, horrible.

Me mira con los ojos casi en blanco. Gira las pupilas, las baja y dirige la mirada hacia su pantalón lleno de sangre.

Unos balazos han abierto boquetes en su vientre, y sufre atrocemente, incapacitado para hacer siquiera un gesto.

Tampoco yo puedo hacer nada.

Ostenta ya la última espuma, ya de color ámbar, en la comisura de sus labios. Murmuro:

—¿Fue Javert?

Afirma muy lentamente con la cabeza. Uno de sus dedos se mueve, haciéndome señal de que me acerque.

Coloco mi oreja cerca de su boca y le oigo jadear:

—Lárgate... Pronto...

—¿Por qué?

—Si saben... que has venido... morirás.

—¿Porque vino aquí mataste a la esposa de Javert? Vuelve a afirmar muy lentamente.

—¿Y a Bruno?

Nueva cabezada muy tenue. Sigo preguntando:

—¿Hay alguien en la casa?

Crispa el rostro en una serie de arrugas que le cierran los ojos. Apoya ambas manos bajo su ombligo, y empieza a hacer el horrendo gesto. El de los combatientes muriendo, el de los agonizantes en su último momento de vida.

Atraer hacia arriba una manta imaginaria. La mortaja definitiva.

Se queda totalmente inmóvil. Boquiabierto. En silencio eterno.

Salgo del cuarto a todo tren. Al atravesar el despacho, observo que en una esquina se inicia una especie de rampa, ascendiendo hacia una puerta cerrada.

No me interesa. Recorro a paso ligero el trecho que me queda hasta la salida. Por fin estoy al aire libre, que aspiro a fondo antes de entrar en el garaje y pasar al túnel.

He recorrido apenas cinco metros cuando un poderoso bramido invade el pasadizo. Un coche que avanza a toda velocidad. Los faros me deslumbran.

Correr es inútil. Por lo menos, adherirme a la pared me permitirá doblarme sobre el guardabarros, si puedo distinguirlo antes que me empotre como a una mariposa contra la pared.

El bramido es ya un rugido que me ensordece. Revelándome que el coche ya está embistiéndome.

Cesa súbitamente todo ruido. La nada me envuelve.

Eso debe ser la muerte. Nada.

Una envoltura helada, donde ya no hay ruido ni hay nada.

CAPÍTULO XII

El silbido es suave, reiterado. Abro un ojo.

Al volante del «Cadillac» parado, Javert me sonrío.

Una sonrisa demoníaca, porque el resplandor interno y rojizo del coche modela en sus facciones brillos tétricos.

Resucito. Con unas inmensas ansias de desfogarme a puñetazo limpio.

Pero mientras doy la vuelta al coche, me Calmo. Al sentarme junto a Javert, procuro hablar en tono superficial:

—¿Y ahora, qué? ¿Qué ha conseguido con haber ajusticiado a Steiner? Ahora Marvelec contratará otro matón y se lo echará encima.

—¿Por qué?

—Le consta que Marvelec ya se ha enterado, puesto que está en la casa.

—Marvelec no está en la casa. Steiner cogió el «Mercedes» este mediodía para venir aquí, y de aquí no se movió..., ni se moverá. Marvelec no puede conducir. ¿Cómo quiere que haya venido? ¿Con su cochecito de ruedas?

—Le aviso que no estoy de temple para apreciar la gran calidad de su repulsivo humor negro, Javert. Y algo más. A mi usted no me vuelve loco. Sabe perfectamente que alguien se esconde en la casa. Sabe perfectamente que Steiner no está solo.

—No he dicho que estuviera solo. He afirmado que Marvelec no está.

—¿Y qué hacemos aquí parados?

—Tiene derecho a saber unas cuantas cosas que ignora. ¿Le dijo algo Steiner?

—Que me largase. Y se murió.

—Una pena que su agonía fuera tan breve. Registré su guerrera. En un bolsillo especial, cosido, había su documentación legítima. Su

verdadera identidad es la de Raymond Duelos Steiner. ¿No le dice nada el apellido Duelos?

—Habrá unos cincuenta mil Duelos repartidos por Francia.

—Pero solamente hubo una Silvia Duelos durante la ocupación. Por aquella época, usted era un crío. Yo conocí personalmente a Silvia Duelos. Una monada de criatura, jovencísima, seductora, simpática... Menos cuando actuaba como delatora de la Gestapo.

Javert habla cerrados los ojos, apoyando los codos en el volante, y apretándose las sienes con los puños.

—Todo quedó de pronto aclarado, gracias a la documentación de los tres Duelos Steiner, y a unas cuantas verdades que le extirpé a Raymond, prometiéndole vida salva, apoyándole el cañón en el ombligo.

—¿Cómo pudo él creer en su promesa?

—Porque se imaginó que yo solamente pensaba hacer chantaje. Y mentalmente decidió que, tarde o temprano, al menor descuido mío, me ejecutaría. Cuando ya no me podía revelar nada, apreté el gatillo, pensando en mi Denise.

Mi comentario es de una tontería que desentona con el ambiente:

—La policía le detendrá, Javert.

—No. Porque voy a ocuparme de que la muerte del verdugo Raymond quede anónima para siempre. Me consta que puedo contar con su discreción, muchacho. Y ahora, óigame bien... Cuando haya terminado de exponerle lo que acabo de averiguar, váyase. Apártese de todo esto. Olvídelo lo antes posible. Es dinamita pura.

Ahora cruza los antebrazos sobre el volante, y reclina la frente sobre las mangas.

—¿Se encuentra mal, Javert?

—Es lo que llaman reacción nerviosa. Pasará.

—Suponga que exista algún medio de comunicación que alerte a Marvelec. Enviará a su hermana.

—¿Cuál hermana?

—Charmion.

—Charmion nació Duclos Steiner. Para justificar la presencia de Charmion Duclos en su casa, Marvelec aprovechó la documentación de su legítima hermana, fallecida en el 43. Todo ello con la ayuda

de Raymond y Silvia.

No entiendo nada. Está algo incoherente el exinspector Javert.

—Es tan sencillo todo..., cuando se poseen los datos. La alsaciana Silvia viene a París a hacer fortuna. Es partidaria de los nazis. Y halla el medio ideal de enriquecerse con renta vitalicia. Averigua por su cuenta el paradero de Marvelec. Si lo hace liquidar, habrá un judío menos, pero ¿qué beneficio obtendrá? Planea algo genial. Se casará con Marvelec. Colocará en la casa a su hermana Charmion y a su hermano Raymond. Obtendrán acciones de la Splenlux. Si ganan los alemanes, con suprimir a Marvelec, aquí no ha pasado nada. Pero se aproxima el momento en que resalta lo evidente. Van a ganar los aliados. ¿Va captando, muchacho?

Capto y voy atando cabos.

—Sucede, entonces, algo inesperado. Silvia se dedica a delatar competidores de Splenlux. Uno de estos competidores, al ser interrogado por Silvia, la ataca, y caen por un balcón. Recogen al interrogado muerto, y a Silvia en mal estado.

—¿Cómo puede saber todo esto?

—Fui un campeón interrogando. Quien tuvo retuvo. Y Raymond, con mi pistola en el ombligo, habló deprisa y bien. Además, en su guerrera-cofre conservaba celosamente recortes de periódico. La Prensa pública por entonces que la ciudadana Silvia Duelos Steiner ha muerto. Coincide con la época en que el registro inscribe la muerte de una tal Rachel Marvelec, esposa del «ausente» judío armenio Marvelec. El resto es fácil adivinarlo.

—Lo será para usted.

Alza Javert la cabeza. Con el mentón señala hacia adelante.

—La habitación cerrada. La que debía vigilar Steiner. Ahí dentro está la clave de todo. Emplee el cerebro, hombre. La cuñada de Marvelec, Charmion, le odia, pero a la vez quiere a su hermana Silvia. Marvelec vive solamente para Splenlux. Y ahí tiene usted a cuatro personajes presos en la malla de un secreto terrible y de mezclados afectos.

—¿Cuatro?

—Marvelec, Charmion, Raymond... y Silvia. Ésta es el lazo de unión. De pronto, creo adivinar. Pero es imposible.

Si está viva Silvia, ¿cómo va a consentir en vegetar como una reclusa desde el año 44?

—Ahora puede marcharse cuando quiera, Damian. Yo me quedo para solucionar el funeral anónimo de Raymond.

—Me temo que está jugando una partida peligrosa, Javert. Sabe usted demasiado. Marvelec le hará suprimir.

—No podrá.

Y Javert vuelve a sonreír de un modo espeluznante.

Yo quiero regresar a mi normalidad. Quiero volver a ser simplemente un novelista, sin más complicaciones que las de sudar tecleando.

Me dispongo a apearme. Dice Javert:

—La llave de la habitación cerrada está sobre la mesa del despacho. Parece un pisapapeles. Tiene mango de terciopelo negro. Lo que hay dentro de la habitación cerrada, podría ser un buen tema para una novela, ¿no le tienta?

Me apeo en silencio. Y medito.

Javert me guarda las espaldas. Raymond Duelos Steiner ha muerto.

Dicen que la curiosidad es un atributo femenino, reflexiono caminando. Yo me consideraba bastante varón, pero será que hay curiosidades varoniles irresistibles.

Más tarde, después, al evocar, me veo caminando como un autómata.

Las cortinas están echadas. Puedo abrir la luz. Veo la llave. El terciopelo negro impedirá que queden huellas.

Abro la puerta al extremo de la rampa ascendente. Hay alguien en la inmensa sala alcoba.

Alguien detrás de una enorme mesa. Alguien que nunca podré olvidar.

Nunca olvidaré aquel rostro entrevisto primeramente bajo el haz luminoso de la lámpara de despacho.

Un rostro que se cincela bajo la cruda luz de la lámpara de techo que ella misma ha encendido.

Una tez macilenta, amarilla. Un rostro de muñeca de cera. Unos ojos de intenso azul porcelana. Cabellos rublos, veteados de blancos mechones. Y el cuerpo...

Atrozmente encogido, ovillado en un sillón de ruedas. Silvia Duelos, esposa de Marvelec.

Deshecha físicamente por su caída desde una ventana de un

edificio de la Gestapo en 1944.

Me mira con absoluta indiferencia. Eso es lo más estremecedor. Debe suponer que soy un amigo de Raymond o de Marvelec. Respingo, sudoroso, bañado en repentino hielo febril.

Una voz acaba de invadir la sala. La voz de Marvelec. Habla con una ternura que trastorna:

—¿Estás sola, cariño?

—Sí, Clement.

Ha habido primero un arpegio musical. El mismo que resonó en el despacho de Marvelec, y que éste, en mi presencia, se apresuró a desconectar para que no prosiguiese la comunicación.

—Mañana al mediodía vendré a comer contigo, Silvia.

Dile a Raymond que pase a recogerme a las once de la mañana.

—Así lo haré, Clement.

—¿No necesitas nada, Silvia?

—Nada, gracias. Solamente verte. Hablar contigo. Estar contigo... Cierro con lentitud.

La mirada de porcelana de Silvia había adquirido ahora una intensa vitalidad, una radiante alegría, al oír la voz de Marvelec.

Una vitalidad que casi parecía amor, afecto, cariño.

Silvia Duelos, de la Gestapo. Clement Marvelec, judío armenio. Un matrimonio unido, separado e inseparable.

Debo caminar como un beodo porque, apenas me siento junto a Javert, me pregunta:

—¿Se encuentra mal, Damian?

—Oiga, sería canallesco que usted..., que usted pretendiese hacer dinero con este melodrama de gran guiñol... espeluznante.

—Llevo un largo rato sufriendo retortijones en un combate íntimo. He dado ya con la solución, que tiene una doble ventaja. Primero, me asegura el porvenir. Segundo, no me remorderá la conciencia. Marvelec no ordenó matar a mi Denise.

Señala hacia el fondo.

—Y ahora se quedó sin chófer de confianza. Y sin vigilante fiel para su Silvia. Yo soy el hombre indicado para reemplazarle. Sé conducir, sé vigilar, sé callarme cuando me conviene, como ya le demostré al propio Marvelec.

—Marvelec no le perdonará haber liquidado a Steiner. Javert se encoge en forma extraña.

Su diestra baja hacia el costado y parece masajearse el hígado, hasta que, de pronto, cripa la mano y estruja.

Mientras, su zurda pasa lentamente por su rostro, presionando con la palma, como si quisiera borrar algo en sus convulsas facciones.

Murmura:

—Me dio... Creí que era un puñetazo... Steiner me atinó... Cuchillo... A eso le llaman golpe en frío... Tunde, entumece, no duele... y de pronto rasga, raja... Hemorragia interna, dirán los matasanos...

Su zurda cae sobre el volante. Se reclina lentamente hacia atrás. Y su diestra aparece para agarrarse al volante.

Ensangrentada.

Atiranta los brazos, echando atrás la cabeza sobre el respaldo del asiento. No acierto con lo que he de hacer. ¿Dónde estará el médico más cercano?

—Oiga, viejo, apártese y cogeré yo el volante. Voy a llevarle al médico más cercano...

—Es de sabios no saber nada de nada —y las palabras silban entre los apretados maxilares—. Vete. Lárgate. Nunca digas nada, o te verás metido en un lío espantoso. No sabes nada... de nada.

Su desplome es escalofriante.

Ceden sus brazos, caen sus manos y choca de cabeza contra el volante. Ladea la cara. Presiona su mejilla el claxon.

Sus ojos están vidriosos, en blanco. Boca abierta. Totalmente desmadejado el cuerpo, parece el de un muñeco de cera blanda.

Me apeo. Físicamente, estoy deshecho. Moralmente, sostengo un combate difícil mientras me dirijo hacia la estación de autocares. Ahí hay una cabina telefónica.

He recordado a Jean Duheme, un abogado criminalista muy ducho en los laberintos jurídicos y policiales.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de prestarle un gran servicio. Me juró eterna gratitud.

Vamos a comprobarlo.

Pasé tres días apuradísimos. Por suerte, la justa ira de los representantes de la ley, se veía contenida por la presencia del abogado Duheme, que repetía siempre el mismo rollo.

Su cliente, yo, se presentó espontáneamente. Su voluntaria

declaración ha permitido resolver tres casos conjuntos, que hubieran permanecido en las tinieblas a no ser por la actitud de gran civismo de su cliente. De haber sido un egoísta, su cliente habría permanecido al margen, absteniéndose de acudir a iluminar la senda de los policías...

No, si al final estoy viendo que va a pedir para mí la medalla del mérito ciudadano. Por último, quedo en libertad, sujeto a las normas de testigo principal de cargo.

Flora está soberbia. Ya le ha pasado el arrechucho de pintora, creyendo que era obligatorio vestir como un marimacho, empinar el codo y sentirse partidaria de la «protesta».

Está deliciosa. Huele a primavera, a normalidad, a vida sencilla. Vamos muy amartelados, acera adelante.

Un «Mercedes» se arrima al bordillo, se detiene, y bajan dos individuos con aire decidido. Pasan de largo por mi lado.

Por unos instantes, me he imaginado que eran dos matones a sueldo de Marvelec.

Pero Marvelec está preso.

Flora, extrañada, indaga:

—¿Qué te pasa, Dadá?

Me revienta que me llame así, pero lo hace con tanta musicalidad...

—¿Qué me va a pasar? Nada.

—Como, de pronto, te entró un tembleque, algo así como un escalofrío.

—Tu presencia siempre me produce dulces escalofríos.

Y me dio otro escalofrío, pero de género distinto, al oírla preguntar, muy mimosa:

—¿Cuándo nos casamos, Dadá?

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

